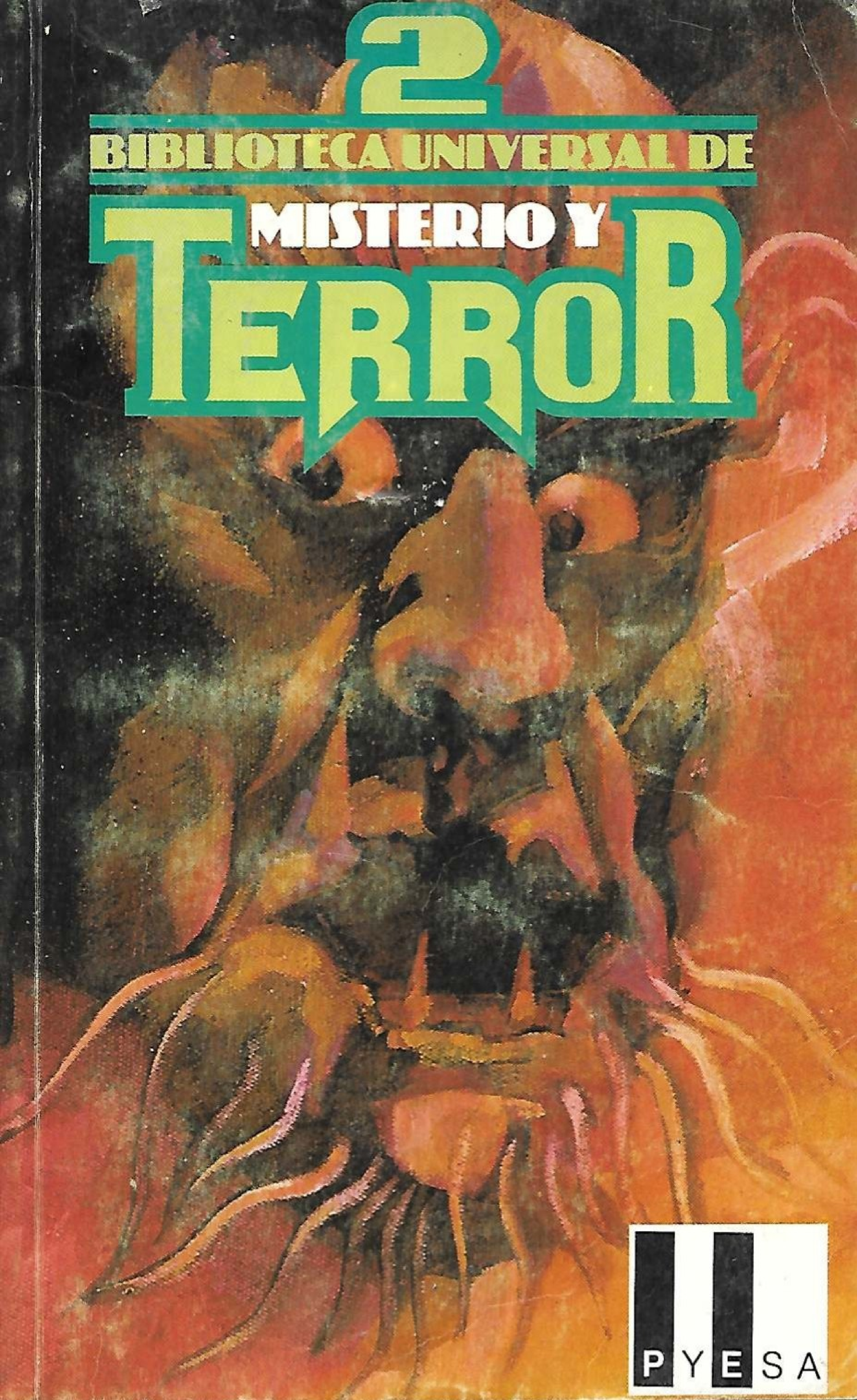

2
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
PYESA

2

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE

MISTERIO Y

TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



DR. BARROS BORGOÑO 123, SANTIAGO - CHILE

agradece a sus lectores la confianza depositada en esta empresa y les invita a participar en el Concurso de Cuentos Cortos de Misterio y Terror cuyos premios y bases aparecen en La Revista del Mundo, edición N° 18 (Chile).

Edición autorizada por Ediciones UVE S.A. Circula gratuitamente con LA REVISTA DEL MUNDO.

Inscripción: N° 63585

Impresores: Editorial Antártica S.A.

Impreso en Chile / Printed in Chile

SUMARIO



Noriko



Noriko

Pedro Montero

Aprovechó la generosidad de un amigo y empleó todo su talento fabulador, todas las fuerzas de su imaginación de escritor en conjurar el destino de unos personajes creados por él y que le acosaban, ahora, desde el lejano Japón medieval.



NOCHE estaba escribiendo en mi estudio y supongo que me quedé dormido. De pronto se abrió la puerta suavemente y apareció, tan bella, tan pálida como siempre, Noriko, que, arrodillándose en el umbral, colocó las palmas de sus manos en el suelo delante de sus rodillas y se inclinó ladeando ligeramente el cuerpo en una ceremoniosa reverencia. Los adornos de plata sujetos a su pelo tintinearon cuando su frente rozó el entarimado y una flor de cerezo cayó al suelo, desprendiéndose del minúsculo ramo tramado a su negra cabellera. Un instante después se levantó y, ajustándose honestamente el kimono de un rosa desmayado, salió de la estancia, invitándome con un gesto a que la siguiera. Hubiera querido ver sus ojos, pero en todo momento su mirada permaneció clavada modestamente en tierra.

La seguí durante largo rato, manteniéndome unos pasos detrás de ella, y aunque de vez en cuando la nieve se arremolinaba y su figura se hacía borrosa hasta casi desaparecer, sus leves pisadas dejaban hue-

llas en el campo que los copos tardaban algunos momentos en borrar.

Un instante antes de entrar en el templo se volvió hacia mí y entonces pude ver sus ojos almendrados en los que temblaba una lágrima. En su mirada no había odio ni rencor; sólo un mudo reproche que me hizo desviar la vista de su pálido rostro. Cuando volví a mirar ya no la vi. Penetré en el recinto, pero ella había desaparecido. De pronto comprendí. Atravesé velozmente el patio en dirección al pabellón de clausura dispuesto a violar el sagrado aislamiento, cuando, desde la baranda que rodea el piso superior, una figura blanca se precipitó en el vacío. Un pañuelo de seda la siguió mansamente y se posó a su lado momentos después como un eco de su caída. Desde donde me encontraba pude ver cómo el kimono rosa de Noriko se tornaba de un rojo bermellón.

Es una pesadilla que me obsesiona cada noche —explicó el novelista—; desde que escribí ese cuento sueño constantemente con Noriko, asisto a todos los avatares de su desgraciada historia y, finalmente, soy testigo de su horrenda muerte sin poder evitarla. Todas las noches entro en el templo, me detengo unos instantes, buscándola, y veo caer su cuerpo desde una gran altura. Luego el kimono se tiñe de rojo con su sangre.

—¿Cuál es el argumento de ese obsesivo relato? —pregunté yo.

El autor encendió un cigarrillo y se dispuso a resumirme la historia que él mismo había ideado y de la que ahora le era imposible liberarse.

—El argumento se desarrolla en el Japón medieval —comenzó mi amigo—. Una muchacha, Noriko, es forzada a contraer matrimonio con un poderoso señor feudal llamado Takura. La piedad hacia sus padres impide a Noriko rebelarse contra su destino, pero el azar provoca que la joven conozca a un extranjero del cual se enamora y con el que se comunica por medio de una fiel criada: Natsumi. Entre los dos traman la huida, pero en el último momento el

amante renuncia a llevarse a Noriko por miedo a las represalias de su esposo y huye solo. La muchacha, desesperada, decide poner fin a su vida arrojándose desde lo alto del templo y allí acude con su fiel criada que lamenta la espantosa e inexorable decisión de su ama. En el último momento el extranjero se arrepiente de su decisión y vuelve. Corre hasta el templo donde sabe que se encuentra su amada y, una vez allí, la busca desesperadamente. Noriko le ve desde lo alto de uno de los pabellones al que ha ascendido con intención de quitarse la vida, pero es demasiado tarde. Ha ofrendado a los dioses su propia inmolación y tanto las divinidades como los fantasmas de sus antepasados se vengarían en ella misma y en la persona de su amante si dejara de cumplir su promesa y mancillara su honor. De este modo, para evitar que caiga sobre el extranjero la maldición divina, se arroja desde lo alto del templo y muere.

—Bonita historia —dije yo cuando hubo terminado de narrarla—. ¿Por qué no la has incluido en tu último libro si hace tiempo que la tienes escrita?

—Ni yo mismo lo sé —repuso mi amigo—. Tardé tanto tiempo en escribirla, puse tanto cariño en ella, que he llegado a creérmela. Ni que decir tiene —continuó— que, como ocurre siempre con todos nuestros personajes, la mayoría de ellos suelen ser prolongaciones de nosotros mismos, desarrollos de una faceta de nuestra propia personalidad —explicó—, pero en este caso me temo que he ido demasiado lejos al identificarme por completo con el extranjero de mi historia.

Adivinando lo que yo pensaba, pero que la prudencia me impedía formular abiertamente, confesó:

—Yo fui protagonista de una historia parecida, que terminó tan trágicamente como ésta. Siempre he lamentado haber sido cobarde en una ocasión en que los hechos me exigían haber actuado con cierta gallardía y con un arrojo que estuve muy lejos de manifestar —concluyó.

Como yo expresara la opinión, que él sin duda

compartía, de que las ideas subconscientes y los soterrados sentimientos de culpabilidad se valen para exteriorizarse en ciertos momentos en que descuidamos la guardia, como han hecho patente los psiquiatras, le propuse un juego que concebí en aquel mismo momento, a fin de que lograra liberarse de su angustia.

—Eminentes hombres de ciencia aseguran —expliqué— que para disipar los sentimientos de culpabilidad, ya provengan de actuaciones que los justifiquen o sean frutos de una mente enfermiza o de cierta estrechez de conciencia, el único remedio eficaz es su exteriorización mediante el empleo de ciertas técnicas reservadas a los médicos psiquiatras. Pero a mí se me ocurre —manifesté— que tú mismo puedes liberarte de esas inculpaciones mediante un tratamiento correctivo que, debido a tu profesión, estás en condiciones de autoaplicarte.

Como mi amigo mostrara sumo interés en mis observaciones continué diciendo:

—Parece ser que en tu caso no te ha servido de nada poner de manifiesto, aunque de forma simbólica, los sentimientos que te imputas. Por tanto —proseguí—, trata de modificar esas acusaciones contra ti mismo por un camino inverso.

—¿Qué camino es ése y qué procedimiento he de emplear? —me preguntó, sumamente interesado.

—Modifica tu historia. Escribe otra narración referida a las mismas situaciones y en la que intervengan los mismos personajes, pero con un final distinto en el que exoneres de toda culpa al extranjero de la historia; es decir, a ti mismo.

* * *

«Seguí a Noriko durante largo rato, manteniéndome detrás de ella, y aunque de vez en cuando la nieve se arremolinaba y su figura se hacía borrosa hasta casi desaparecer, sus leves pisadas dejaban huellas que los copos tardaban algunos momentos en borrar...

... Atravesé rápidamente el patio en dirección al pabellón de clausura dispuesto a violar el sagrado aislamiento, cuando, desde la baranda que rodea el piso superior, una figura blanca se precipitó en el vacío. Un pañuelo de seda la siguió mansamente y se posó a su lado momentos después como un eco de su caída. Desde donde me encontraba pude ver cómo el kimono rosa de Noriko se tornaba de un rojo bermellón.

Permanecí unos instantes inmóvil, con el corazón atenazado por un amargo dolor, y de pronto algo llamó mi atención. Me arrodillé junto al cadáver, al que la nieve iba ocultando piadosamente, y puede ver que sus pies estaban cubiertos con un calzado grosero y de factura basta, cuya hechura no correspondía ni al gusto ni a la clase social de Noriko. Movido por una terrible sospecha, que sin embargo hizo nacer una llama de esperanza en mi corazón, me abalancé hacia las escaleras que conducían al pabellón más alto y subí precipitadamente, sin detenerme ni una vez a tomar el aire que exigían mis pulmones. Una vez en el piso superior corrí por la terraza a riesgo de estrellarme contra la barandilla, que sin duda hubiera cedido ante el embate de mi cuerpo, y penetré por una puerta abierta en la fachada que da al patio. Allí, en la oscuridad, arrodillada y temblorosa, implorando sin duda el perdón de sus dioses, se hallaba Noriko.»

—Bien —declaré cuando mi amigo llegó a este punto—. Está claro que lo que te atormentaba era el suicidio de la muchacha. De esta forma, recurriendo a esa estratagema, Noriko no muere y podéis huir juntos y felices. Pero ¿y la maldición de los antepasados ante la promesa incumplida? ¿Y quién se arrojó desde lo alto en sustitución de Noriko? —pregunté.

Tomando un último folio, que yo no había visto, mi amigo continuó la lectura.

«Cuando Noriko me vio entrar alzó una de las mangas de su kimono y ocultó el rostro tras ella, indicándome con este gesto que no me aproximara ni

intentara mirar su faz. Ante mis súplicas, accedió a contarme lo sucedido.

Cuando yo huí cobardemente, sin acudir a la cita que por medio de su criada habíamos concertado con el fin de escapar juntos, ella, desesperada, decidió poner fin a su vida, arrojándose desde lo alto del templo, y así se lo comunicó a Natsumi, la cual, con el rostro bañado en lágrimas, ayudó a su señora a ataviarse como correspondía a aquella solemne ocasión.

A continuación, Noriko se despidió de su doncella y, tras dedicarse a la oración durante cierto tiempo, emprendió el camino del templo con la intención de quitarse la vida.

Subió con decisión no exenta de amargura las escaleras que conducen a lo alto del pabellón, y cuando se disponía a salir a la terraza, con el fin de acometer el cumplimiento de su fatal determinación, vio allí a Natsumi que, vistiendo un kimono de su señora y cubierto su rostro con un pañuelo de seda para engañar a los dioses, había decidido inmolarse en su lugar. Tanto era el amor que profesaba a su ama.

Yo narré a mi vez a Noriko la parte de la historia que ella desconocía.

Tan pronto como comprendí la vileza de la acción que estaba a punto de cometer, regresé a la mansión de mi amada y, evitando la entrada principal, me asomé a una de las ventanas traseras después de ocultarme unos instantes para evitar ser visto por alguien que abandonaba la casa bajo aquella tormenta de nieve. Natsumi se desesperó al verme y al saber que regresaba con la intención de llevarme a su ama. Se retorció las manos silenciosamente, no tanto porque advertir a Noriko de mi decisión fuese todavía imposible, sino porque, conocedora de la solemne promesa de su ama, estaba en condiciones de saber que, si su señora decidía romperla, caería sobre ella la maldición de los dioses y la de sus antepasados durante el resto de sus días.

Así pues, la fiel sirviente tomó la decisión de inmo-

larse en lugar de su dueña y asumir de esa manera la terrible cólera de las divinidades.

Vistiendo un kimono de su señora, y cubriéndose el rostro con un pañuelo de seda, llegó al templo por medio de un atajo casi al mismo tiempo que Noriko, a la que yo no había reconocido cuando la vi salir por la puerta trasera de su casa. Mientras su ama oraba unos instantes y quemaba una vara de incienso ante el altar de los dioses, Natsumi subió las escaleras hasta lo alto del pabellón y se arrojó al vacío, liberando así a su ama de la terrible promesa contraída y abriendo el camino para su felicidad.»

* * *

Algunas noches más tarde de los acontecimientos que acaban de ser narrados me hallaba cenando en casa de unos conocidos que también lo eran de mi amigo el escritor. Les conté la curiosa historia del relato que éste había escrito, guardándome de citar aspectos que pudieran inducir a pensar que el trasfondo del cuento tenía una base real. Pero, ante mi asombro, la mayoría de los presentes interpretó los hechos como fiel reflejo de una desgraciada historia amorosa de la que nuestro común amigo había sido protagonista hacía algunos años. Al parecer, yo era el único en ignorar los pormenores de aquellos sucesos.

Cuando me disponía a pedir discretamente algunas precisiones sonó el timbre del teléfono y la dueña de la casa me hizo saber que la llamada era para mí.

Se trataba de mi amigo el escritor, pero su voz era tan extraña y apagada que apenas pude reconocerla, y podría asegurar que otro tanto le había ocurrido a la señora de la casa, que no pareció identificar al comunicante.

Mi amigo me suplicó vehementemente que fuera a su casa lo más pronto posible. Yo, con medias palabras, que seguramente resultaban más reveladoras que una conversación del todo natural, le indiqué que me pasaría por allí una vez que la velada hubiera

finalizado. No obstante, ante la urgencia de sus requerimientos no tuve más remedio que inventar una excusa y abandonar la reunión.

Cuando llegué a su casa le encontré en un estado de extremo nerviosismo y con el aspecto de no haber dormido apenas en los últimos días. Me hizo pasar a su estudio y, una vez allí, me explicó el motivo de su preocupación.

—Llevo varias noches sin dormir —comenzó diciendo—. ¿Recuerdas aquella narración cuyo final modifiqué por consejo tuyo? —preguntó.

—¿Has vuelto a soñar con Noriko? —dije yo, vacilando un momento antes de recordar el nombre de su protagonista.

—No estoy seguro de que fueran sueños —repuso—; pero de todas formas no la he vuelto a ver, aunque hubiera sido preferible a esto.

Mientras esperaba a que me hiciera partícipe de la causa de sus preocupaciones se levantó y, aproximándose a la puerta del estudio, echó la llave. Después corrió las cortinas, que ocultaron a mi vista un amplio ventanal, y retornó a mi lado.

—Hace ahora cinco años —explicó— me vi envuelto en una historia de amor un tanto turbulenta y del todo contraria a mis pacíficos hábitos. Me enamoré de tal modo de una muchacha casada que, impelido por la ardiente pasión en que nos consumíamos, fijé con ella una cita en un lugar de las afueras, con el fin de consumar nuestro amor. Pero, quizá por temor a verme obligado a modificar mis tranquilos hábitos de vida, vacilé en el último minuto y decidí no acudir al encuentro, dejando para más adelante la búsqueda de una excusa convincente que sirviera a la vez de piedra de toque para que nuestras relaciones comenzaran a enfriarse.

—¿No acudiste a la cita? —pregunté, comenzando a adivinar el paralelismo entre la historia real y la ficción.

—Así fue —repuso él—. Y cuando a los pocos días ella supo que estaba efectuando los preparativos para

marcharme de la ciudad, tomó la determinación de poner fin a su vida sin comunicármelo, para que tal decisión no pudiera interpretarse como un gesto de violencia moral que me forzara a modificar mis súbitos planes de huida. Cuando una hermana menor de la muchacha, que estaba al tanto del amor que ella me profesaba, barruntó la proximidad de una desgracia, intentó ponerse en comunicación conmigo, pero en aquellos momentos yo subía al tren que me alejaría definitivamente de la ciudad. Así pues, la joven (no me atrevo a decir mi amada por lo mal que la amé) puso fin a su vida sin que el hombre que estaba casado con ella pudiera ni-siquiera sospechar los motivos de aquella trágica decisión.

Como aparecían claras las transferencias de la historia real a la inventada, no me detuve en dar a mi amigo explicaciones engorrosas que en nada o en muy poco podrían ayudarle. Por el contrario, en vista de su poco saludable aspecto y de su gran nerviosismo, le pregunté por el motivo de su acuciante llamada.

—Me encontraba la otra noche en este estudio rehaciendo la narración, y apenas había terminado de modificarla sacrificando la vida de la intermediaria Natsumi cuando sonó el teléfono.

Era un antiguo amigo y convecino de aquella ciudad que me llamaba para hacerme partícipe de un extraño suceso que acababa de presenciar.

Como acabo de decirte, el comunicante continuaba viviendo en mi antigua casa y me relató con voz entrecortada que, apenas diez minutos antes, alguien había estado llamando repetidas veces en la puerta del piso que yo ocupaba, y que no sé por qué razón continúo alquilando. Como el desconocido no cejara en sus llamadas, mi amigo salió al pasillo y tuvo tiempo de ver una figura de mujer que, pronunciando mi nombre con acentos de verdadero odio, abrió una de las ventanas del pasillo y se arrojó por ella al vacío. Rápidamente llamó a la policía, que se limitó a certificar la muerte de la joven, que no era

otra que la hermana de mi antiguo amor; la que un día sirviera de intermediaria en nuestras relaciones.

—No debes atormentarte. Se trata de una simple coincidencia —dije yo, aunque no estaba muy seguro de ello.

—¿Tú crees? —preguntó—. ¿Por qué entonces eligió mi antigua casa para suicidarse y pronunció mi nombre antes de morir?

—Con toda probabilidad —aduje—, ella sabía que tu piso continuaba vacío y lo eligió para sus propósitos. En cuanto al nombre, lo más seguro es que tu amigo haya sufrido una confusión al creer que ella lo pronunció.

Pero al fijarme detenidamente en su rostro pensé que aquella serie de coincidencias no justificaban el lamentable aspecto de mi amigo.

—Te ruego que no me creas loco si lo que voy a contarte a continuación te parece ocurrencia propia de una persona desequilibrada. Puedo asegurarte que estoy en mi sano juicio, aunque lo mismo afirman, sin duda, todos los dementes —dijo el escritor, y añadió—: Todo esto podría ser considerado, como tú has dicho, una simple coincidencia, si no fuera porque he comenzado a recibir, no sé si en sueños o despierto, una serie de extrañas visitas —y diciendo estas palabras hizo una breve pausa, encendiendo un cigarrillo, para continuar acto seguido su relato—. Al igual que cuando soñaba con Noriko, me encontraba hace algunas noches escribiendo en este mismo estudio cuando se abrió la puerta sigilosamente. No puedo asegurar que estuviera dormido, pero tampoco sé si me hallaba en estado de vigilia. Se abrió la puerta —reiteró mi amigo— y entró Natsumi, la criada de mi cuento. Desde lejos me hizo una reverencia, aunque sus ojos me miraban con un odio infernal. Después se encaminó hacia donde yo me encontraba y pasando a poca distancia de mí, sin dejar de mirarme de una forma satánica, abrió esta misma ventana —dijo, señalando la que estaba oculta tras la cortina— y se arrojó por ella, al mismo tiempo que

pronunciaba una horrible maldición. Desde esa noche no me atrevo a dormir, seguro de que, apenas cierre los ojos, se repetirá la espantosa escena y la maldición acabará por cumplirse más tarde o más temprano.

—Estás obsesionado con el pasado —manifesté yo— y te acusas de hechos en verdad lamentables, pero que pertenecen a tiempos pretéritos. Es evidente que la mala suerte ha querido que, al modificar tu cuento, haciendo que Natsumi se suicide generosamente, se haya producido a la vez la trágica muerte de la que podríamos calificar, para entendernos, como tu cuñada; pero debes alejar de tu mente la idea de que un hecho sea consecuencia del otro. Tú eres una persona inteligente —continué diciendo para tranquilizarle— y sabes de sobra que el azar juega un papel importante en nuestras vidas. No me extrañaría que me dijeras que la criada Natsumi, que te miraba ferozmente, se te presentó bajo los rasgos de la hermana de tu antiguo amor.

—En efecto —afirmó el escritor—; aunque sus rasgos eran orientales, bajo el leve maquillaje de polvos de arroz se adivinaba la faz distorsionada de aquella muchacha a la que te refieres.

—Es claro que la terapéutica que te aconsejé puede dar resultados, pero sus efectos beneficiosos han quedado paliados esta vez por el lamentable suceso que me has relatado hace unos momentos. Puesto que no tienes intención de publicar esta narración, y bien lo lamento yo, que soy tu editor —dije—, vuelve a modificarlo de tal modo que no haya nadie desgraciado. Escribe un final feliz. De ese modo no podrás imaginar que nadie aparezca ante ti para atormentarte, y probablemente, si consigues un relato cuya trama resulte convincente, lograrás tú mismo deshacerte de esos sentimientos de culpabilidad, que es lo que realmente te tortura.

—¿Un final feliz? —preguntó mi amigo el escritor—. Eso destruiría la esencia del cuento.

—Si deseas que desaparezca esa obsesión debes

aplicarte y conseguir —dije— un relato que, aunque difiera en parte del original, tenga la fuerza suficiente para conjurar los absurdos pensamientos que te atribulan.

* * *

Al cabo de unos días recibí por correo el manuscrito de mi amigo, junto con unas letras en las que me comunicaba que, con la nueva redacción y el insospechado giro que había dado al argumento, esperaba haberse librado definitivamente de las funestas pesadillas, si es que lo eran, que últimamente le habían atormentado.

Reprimí mi curiosidad hasta después de la cena, y, una vez que me hube sentado confortablemente junto al fuego, con una copa de coñac al alcance de la mano, me dispuse a leer la nueva versión del cuento.

«Convine con Noriko los detalles de nuestra fuga y pusimos al corriente de la situación a la fiel Natsumi, que había de ser una valiosa colaboradora para la realización de nuestros planes.

Al llegar el día señalado para la huida, Noriko estaba especialmente alegre. Sirvió la cena a su señor y, después, tomando su abanico, bailó para él una pudorosa danza a los sones del koto, pulsado por Natsumi. A continuación cantó con voz gutural varias melodías tradicionales, mientras no cesaba de incitarle a beber sake, llenando continuamente su copa; hasta que, embriagado por el alcohol, el señor se sumió en un profundo sueño antes de que pudiera reclamar de Noriko los favores que, en puridad, ella no habría podido negarse a concederle.

Una vez que la joven se cercioró de que su esposo dormía profundamente, corrió a su aposento y se dispuso para la inminente fuga, ayudada por su sirvienta. Pero fue pasando el tiempo y el extranjero no hacía su aparición.

Inquieta por la ausencia de su amado, Noriko contemplaba la incesante caída de la nieve, que iba cu-

briendo los campos con un aplomado manto de silencio. Una terrible sospecha fue tomando forma en su corazón, y cuando la inquietud creció como un fantástico dragón que pretendiera despedazar sus entrañas, envió a Natsumi a la casa donde se hospedaba el extranjero para obtener noticias de su amado.

La criada regresó al poco tiempo y, abriendo la leve puerta corrediza, se postró ante su señora sin atreverse a comunicarle las fatales noticias. Finalmente, ante la insistencia de su ama, que se mantenía erguida y con la mirada fija en la blanda cortina de la nieve, Natsumi abrió sus labios para notificarle que, según una de las criadas que estaban al servicio del extranjero, éste había partido al amanecer, llevándose todas sus pertenencias, para un largo viaje del que no tenía intención de regresar. Como Natsumi hubiera demandado de sus camaradas en la servidumbre cuál era el destino final de aquel viaje, la fiel sirvienta recibió como respuesta una extraña palabra: Europa.

El rostro de Noriko se contrajo y su faz adoptó por un momento los rasgos de una terrible máscara teatral. Se irguió colérica y, tomando una fusta, azotó la espalda de la fiel Natsumi, que permaneció inmóvil. Seguidamente, Noriko prorrumpió en lágrimas y pidió perdón a su doncella.

Una vez que se hubo asegurado de que las noticias eran lamentablemente ciertas, tomó una decisión desesperada, pero que convenía a la solemnidad de aquellos momentos y al honor de quien, al fin y al cabo, era la esposa de un acaudalado caballero.

Rogó a Natsumi que la ayudara a ataviarse adecuadamente para la irrepetible ocasión y, una vez que hubo terminado de engalanarse tan solemnemente como lo hiciera el día de su boda, salió en dirección al templo, rogando a su sirvienta que permaneciera en la casa.

Precisamente en el momento en que Noriko se deslizaba silenciosa entre la nieve, camino del recinto sagrado, un jinete descendía de su caballo a cierta distancia y, después de trabar las patas del animal, se

dirigió cautelosamente hacia la casa, se asomó a una de las ventanas traseras e hizo señas a Natsumi para que le franqueara la entrada.

El hombre era también extranjero y amigo íntimo del amante de Noriko. Su larga barba y los espejuelos que portaba delante de sus ojos asustaron unos momentos a la muchacha, pero el hombre le dijo, expresándose con dificultad en un idioma que no era el suyo, que el enamorado de Noriko se había visto forzado a abandonar el pueblo con urgencia, pero, fiel a su promesa, le había enviado a él desde la ciudad próxima a recoger a la muchacha. Por desgracia, la gran cantidad de nieve caída había borrado los senderos y el enviado había permanecido varias horas en el bosque tratando de hallar el camino hacia la aldea.

Natsumi y el honorable caballero emprendieron veloces el camino del templo, pero apenas habían abandonado la mansión una de las concubinas, despertada por el rumor de la conversación, alertó al señor de la casa, deseosa de obtener su favor, y, sin comprender que la huida era beneficiosa para ella, le narró lo que acababa de escuchar.

El señor escuchó atónito el relato; en lugar de agradecer la advertencia, como la concubina había supuesto, la despreció, arrojándola contra el entarimado. Acto seguido se vistió precipitadamente, mientras su terrible ira disipaba los vapores del alcohol, y tomando una afilada espada que había pertenecido a sus antepasados se encaminó hacia el templo.

En aquel mismo lugar, Natsumi y el extranjero encontraron a Noriko, que ofrendaba una vara de incienso a los dioses antes de proceder a su inmolación. Con la voz entrecortada por la emoción, la fiel sirvienta narró a Noriko la verdad de los hechos, mientras el amigo de su amado corroboraba con gestos afirmativos el relato.

Al oír aquellas palabras el color volvió a las mejillas de la joven y su corazón se alegró inmensamente. Decidida a desafiar la cólera de los dioses rompiendo

la promesa que tan solemnemente había hecho, y ante una indicación del extranjero de larga barba y espejuelos delante de los ojos, ama y criada montaron en el caballo de éste y partieron en dirección a la ciudad, donde esperaba el amante de Noriko, no sin antes haber agradecido al caballero el gran favor prestado. Ante la inquietud de la joven por su seguridad, el caballero le dijo que regresaría al pueblo, donde nadie podría relacionarle con la fuga de las dos mujeres, y a la mañana siguiente conseguiría otro caballo con el que les daría alcance.

Noriko y Natsumi se perdieron ocultas por el manto de la nieve en dirección a su destino, y el generoso extranjero permaneció unos momentos en el templo contemplando el fantástico espectáculo del ampo sobre los tejados. A continuación se encaminó hacia la salida.

De pronto, surgiendo del blanco cortinaje, apareció en la puerta la feroz figura de un guerrero a lomos de un caballo. El extranjero permaneció perplejo unos instantes, pensando que se trataba de un fantasma, pero el señor feudal, hincando las espuelas en los ijares del caballo, se abalanzó hacia él como un relámpago y, echando pie a tierra, se arrojó sobre el extranjero blandiendo la espada sobre su cabeza. Apoyó una rodilla sobre el pecho del generoso amigo y, cuando la cólera le permitió hablar, le preguntó por la dirección que Noriko y Natsumi habían tomado. El noble camarada, comprendiendo que su fin era inevitable, y no queriendo delatar a las mujeres, hizo una indicación con la mano señalando la puerta opuesta a aquella por la que habían escapado, seguro de que la nieve habría borrado ya cualquier tipo de huellas.

Inmediatamente después, levantando de nuevo la espada sobre su cabeza, el señor feudal asestó un terrible tajo en la garganta del extranjero, y los dioses, satisfechos porque habían obtenido finalmente la víctima que les era debida a causa de la promesa de Noriko, se mostraron generosos y permitieron que el

desinteresado amigo muriera víctima de aquella primera herida.»

El editor cerró el manuscrito y reflexionó unos instantes acerca de la nueva orientación del argumento. Era innegable que, necesitando descargar sobre alguien sus sentimientos de culpabilidad, el escritor, al igual que los dioses de su cuento, exigía una víctima propiciatoria con la que enterrar sus remordimientos; por eso había ideado aquel personaje lleno de generosidad y nobleza y lo había condenado a muerte.

Incapaz de sustraerse a la tentación, y a pesar de que ya eran cerca de las tres de la madrugada, tomó el teléfono y marcó el número de su amigo el escritor.

—¿Pedro? —preguntó al obtener respuesta—. ¿Estabas dormido?

—No importa —repuso el escritor—. ¿Qué ocurre?

—Siento lo intempestivo de la hora, pero acabo de leer la nueva versión de tu relato.

—¿Te gusta? —preguntó Pedro, bostezando.

El editor repasó con una mano las hojas del manuscrito y se detuvo en determinada página, al tiempo que decía:

—Espero que lo que has hecho te haya servido de ayuda.

Hubo unos momentos de silencio, como si el escritor no hubiera comprendido o no quisiera comprender, y al cabo respondió:

—Si es a esto a lo que te refieres, ahora duermo perfectamente y sin visitas extrañas.

—Me alegro —contestó el editor, que empezaba a tener la impresión de que su llamada no había sido oportuna.

De pronto, una risita contenida de mujer le llegó a través del auricular, confirmando sus sospechas.

—No es Noriko —dijo el escritor, riendo a su vez.

—Te agradezco de todas formas que me hayas retratado tan generoso y desinteresado —repuso el editor.

—En efecto —manifestó Pedro—, me he inspirado en ti para el personaje del amigo. Espero que no te moleste.

—No me importa cargar con tus sentimientos de culpa, en vista de que me has tratado tan bien en tu relato.

—No tan bien —respondió el escritor—. No olvides que el amigo del extranjero no se sacrifica voluntariamente. Se trata sencillamente de un hombre práctico, como tú —continuó, al parecer, divertido—. Solamente al advertir que no tiene escapatoria posible es cuando se decide a guardar el secreto de la dirección que ha tomado Noriko.

—Podía haber delatado a las fugitivas a cambio de que mi vida fuera preservada —manifestó el editor.

—Lo siento, amigo —concluyó Pedro—. No tenía más remedio que dejarte morir bajo la nieve. Reconozco que te he utilizado como víctima propiciatoria, pero gracias a tus consejos no he vuelto a recibir visitas indeseables.

Cuando el editor colgó el teléfono sus sentimientos eran contradictorios. Por una parte, estaba satisfecho de haber podido ayudar a su amigo con aquella terapéutica de su invención, pero, por otro lado, le fastidiaba el papel que Pedro le había asignado en la obra. No era agradable aquello de servir de chivo expiatorio al que el curandero transmite las enfermedades del paciente.

Apagó la lámpara con intención de abandonar la habitación y sólo entonces se dio cuenta de que había comenzado a nevar. Se asomó a la ventana y contempló unos instantes el fantasmal aspecto que los copos otorgaban al familiar paisaje. De pronto oyó un sonido rítmico y blando que procedía del exterior. Se asomó todavía más y pudo advertir que un caballo cruzaba la calle: un caballo montado por dos embozadas figuras de mujer.

Al cabo de unos instantes la aparición se esfumó y la nieve fue borrando las huellas de los cascos del

animal, lo que produjo en el ánimo del editor una extraña inquietud.

De súbito las puertas del estudio se abrieron de par en par con un horroroso estrépito. Un viento huracanado invadió la habitación y ante los asombrados ojos del editor apareció una terrible figura a lomos de un caballo. Sus rasgados ojos centelleaban airados, su boca estaba contraída en una mueca brutal y sobre su cabeza levantaba una afiladísima espada, herencia probablemente de uno de sus antepasados. La infernal aparición desmontó del corcel, que se arremolinaba inquieto lanzando relinchos atronadores, y fue aproximándose con la espada en alto.

El editor permaneció petrificado ante la espantosa y fantasmal figura del señor feudal, y al cabo de un instante se notó sujeto por una garra de fuego que le impedía respirar.

Cuando la monstruosa mueca estuvo a pocos centímetros de su cara se sintió morir, y cuando la espantable aparición levantó de nuevo la espada sobre su cabeza pensó que su fin era inminente.

De súbito, la horripilante boca de aquel ser de pesadilla se abrió y el editor escuchó una voz sobrenatural que pronunció en un interrogante alarido:

—¡¡NO-RI-KO!!

El editor, a punto de desvanecerse por el espanto, miró hacia la afiladísima espada que parecía a punto de abatirse sobre su garganta, y haciendo un supremo esfuerzo tomó un lapicero que había al alcance de su mano izquierda y garrapateó temblorosamente sobre una hoja de papel: «En casa de su amante», y debajo anotó la dirección del escritor.





El regalo de las estrellas



El regalo de las estrellas

Peter Van Door

... sueño en eso, en que muera el mundo;
como el mar, como el demonio, allí me río
del Golgothe del dolor y la dicha
y de su mezcla inmunda.

Leopoldo María Panero



EN la noche del 18 de agosto de 197... un meteorito de extraña luminosidad verdosa cayó en el jardín de Peter van der Velde, a pocos kilómetros de la ciudad de Amsterdam. Chamuscó un buen espacio de hierba y tardó varias horas en enfriarse. Peter entonces comprobó, que se trataba de una masa de tierra calcinada que se despedazó en parte al ser levantada. En su interior había un objeto metálico, semejante al plomo por su excesivo peso, pero poseedor de otras características en extremo inquietantes. Eran estas su color verde oscuro y su gran ductilidad, que permitía variar su forma con una simple presión de la mano. Su tamaño era el de un puño y en la oscuridad emitía una débil fosforescencia.

Sólo hizo partícipe a Vania, su mujer, del hallazgo.

Convinieron en que se trataba de algo tan extraordinario que, al menos de momento, era preferible no divulgar su existencia. Al parecer, ningún vecino había sido testigo de la caída del meteorito.

El objeto excitaba la imaginación de Peter, quien sentía un raro placer en manosearlo.

—Emite fuerza —le había dicho a Vania—. Cuando lo toco me parece que algo muy bueno y muy poderoso entra en mi cuerpo. Noto como si estuviera vivo y me acariciase la piel.

Al atardecer, cuando volvía del trabajo, Peter había tomado la costumbre de encerrarse en su estudio y entregarse a las sensaciones táctiles que le proporcionaba el objeto. En la penumbra irradiaba un halo verde diminuto que a veces se comunicaba a su mano, desapareciendo al cabo de un segundo y volviendo a aparecer después de repetidas caricias. Pero Vania no participaba de su entusiasmo por aquella cosa, sino que le inspiraba una desconfianza instintiva. Jamás consintió en tocarla. Al cabo de unos días se convenció de su aparente inocuidad. Consideró como una expansión inocente, aunque algo infantil, la nueva afición de su marido. Y como la novedad dejó de serlo, acabó olvidándose del meteorito. No del todo, puesto que su existencia le producía, a nivel inconsciente, una vaga inquietud.

Peter, por el contrario, se mostraba crecientemente entusiasmado. Había advertido que la cosa, de ordinario fría, comenzaba a calentarse después de repetidos toques, como si algo vivo despertase en su interior. Sin saber exactamente por qué, guardó este nuevo descubrimiento para sí. Se resistía a aceptar, pese a su evidencia, que algún inusitado lazo de carácter afectivo se estaba estableciendo entre ambos, como si el metal verde hubiera adquirido la categoría de un animal doméstico.

Las cosas marchaban bien, extraordinariamente bien, para Peter desde la caída del meteorito. Una calma armoniosa se había asentado en su espíritu. Dormía menos horas que antes, pero la profundidad de su sueño, sin sueños, era tan envidiable como su carácter, en extremo reparador. Desapareció, como por encanto, el lastre de antiguas melancolías y su mujer pudo comprobar, noche tras noche, un inespe-

rado y gozoso aumento de su virilidad. Estaba siempre pletórico y su vida se había convertido en el discurrir de un sol sobre un cielo carente de nubes. Rendía en el trabajo el doble que antes, se incrementó su lucidez mental y se veía capaz de resolver sin esfuerzo cualquier problema. Era reconfortante comprobar hasta qué grado se había intensificado el color de sus mejillas, con qué cordialidad sincera y espontánea trataba a todo el mundo y cómo desapareció por completo su necesidad de recurrir a estimulantes. Dejó de fumar y de beber y se entregó, en cambio, a placeres más suculentos. A consecuencia de su redoblada actividad vio redoblados sus ingresos y podía permitirse lujos gastronómicos tan sustanciosos que el perímetro de su cintura comenzó a aumentar.

En suma, daba gloria verle. Su organismo se había adaptado tan perfectamente al medio que había alcanzado el techo de sus posibilidades vitales. Lo que era, para Peter, como tocar el cielo con las manos. Le rozaron las equívocas alas del triunfo y sus compañeras de oficina, e incluso algunas chicas con las que se tropezaba por la calle, comenzaron a mirarle con cierta clase de fiebre. Tuvo, incluso, alguna aventurilla pasajera y sumamente satisfactoria a espaldas de Vania. Se sentía el hombre más feliz de la Tierra y achacaba la causa de su felicidad al regalo que, inmerecidamente, le había venido de los astros.

No se acordaba de que las frutas perfectamente maduras terminan siempre por caer del árbol. Su nueva naturaleza rolliza traspasó los límites de la armonía, pero no lograba saciar el hambre. Se estaba poniendo demasiado gordo. Pero lo más triste fue que una noche el metal celeste dejó de emitir su fosforescencia. Se volvió duro y frío como un informe trozo de mármol verde.

Era una noche de diciembre. Vania dormía a su lado, en la cama contigua. Helados vientos del Norte habían barrido las habituales brumas de la estación, y a través de la ventana podía ver la dureza diamantina

de las estrellas refulgiendo como una congregación de ojos acechantes. «Me van a pasar la factura», pensó de pronto, y sintió miedo. Recordó que la tarde anterior su corazón, sin causa aparente, había latido en tres ocasiones con fuerza inhabitual. La primera fue en la oficina, frente a la máquina de escribir, en un raro momento de silencio general en el que dejó de percibir, incluso, los ruidos de la calle. Más tarde ocurrió a la salida del trabajo, mientras esperaba la llegada del tranvía a la parada del Estadio. También entonces un helado silencio parecía haber tomado posesión de las calles. ¿O era que él había dejado de percibir las vibraciones del mundo exterior? No estaba seguro. Duró apenas unos segundos. Pero la adrenalina comprimía violentamente sus latidos y una opresión de origen desconocido atenazaba su garganta. Se sentía acechado. Cuando el tranvía inició su marcha volvió repetidas veces la cabeza, a la espera de encontrar unos ojos inquisidores malignamente clavados en su nuca. Pero no había nadie a sus espaldas, sacudidas por un agudo escalofrío. Al llegar a la puerta de su casa, nuevamente el corazón pugnó por salírsele del pecho. Tenía la misma impresión de estar percibiendo un hedor insoportable, aunque nada hería su olfato de una manera particular. Experimentó como si una inteligencia amenazadora susurrara infames palabras en su oído, aunque sólo pudiera escuchar los rugidos del viento. A cada nuevo paso sentía vívidamente el peso de su vientre palpitante, desmesurado, como si una mano invisible y fría se complaciera en palpar sus pliegues.

Y ahora, en la cama, sostenía nuevamente entre las manos el helado trozo de metal. Las yemas de sus dedos, en la penumbra de la habitación, le permitían comprobar que había adquirido formas retorcidas, plagadas de aristas diminutas, y le transmitían la sensación de sostener algo muerto, algo que en otro tiempo había sido cálido y radiante, y cuyo peso parecía haber aumentado ahora, como parece incrementarse el peso de un cadáver.

De pronto advirtió, estupefacto, que desde la llegada del meteorito no se había formulado las preguntas más elementales. ¿De qué extraño mundo procedía? ¿Por qué había ido a parar precisamente a sus manos? ¿Por medio de qué insólitos mecanismos había operado en su persona aquellas extraordinarias transformaciones? ¿Por qué ahora, precisamente, ahora, había «muerto»? ¿Qué era lo que realmente había dejado de vivir en aquel metal? ¿Por qué le asaltaba el miedo? ¿Por qué se sentía observado, «codiciado», desde Dios sabe qué ominosas lejanías?

Fue, por primera vez, plenamente consciente de su excesiva gordura. Se tocó despacio el vientre y las caderas, y la grasa acumulada le sugirió la imagen de un cerdo profusamente cebado por su dueño. Recordó una frase del inquietante libro de Charles Fort: «No somos otra cosa que ganado al que apacientan desde las estrellas.»

Una espantosa revelación sacudió su mente. El meteorito había caído a sus pies con una función determinada. Esa función ya se había cumplido y por ello había dejado de emitir su radiante fosforescencia, sus benéficas vibraciones. Nadie, en éste o en cualquiera de los mundos posibles, da nada gratuitamente. Y él, Peter van der Velde, ciudadano holandés, insignificante habitante de este planeta, había caído en una burda trampa, tendida desde las estrellas por seres de naturaleza tan terrible que ningún nigromante se atrevería jamás a invocar. Entendía ahora por qué el poderoso instinto de Vania le había preservado de tocar el metal y por qué en ocasiones le había sugerido, con voz trémula, que se deshiciera de él, aunque no acertara a darle una explicación razonable que le motivara a hacerlo... Pero no entendía por qué, al llegar a este pasaje de sus pensamientos, el perro comenzó a aullar desde el jardín de aquella forma aguda y estridente que ponía los pelos de punta.

Los lúgubres aullidos del animal habían hecho añicos el espeso silencio que, tras el viento, se había posesionado de la casa. La tenebrosa naturaleza de sus

reflexiones le hizo percibir los aullidos del perro como cuchilladas en el alma. Se incorporó sobresaltado y trató de convencerse de que estaba siendo víctima de sus propios demonios interiores. Era absurdo suponer la existencia de seres improbables en las heladas lejanías del cosmos, por muy raros meteoritos que aterrizasen en su jardín. Las fantasías de Lovecraft nunca habían sido capaces de transponer los inocentes ámbitos del papel impreso. La realidad era distinta. La realidad era...

Inútilmente trató de acumular tranquilizantes definiciones de la realidad. Pensó en las familiaridades cotidianas, en las pequeñas cosas que no cambian nunca y que nos proporcionan reconfortantes mentiras, tales como la de que nosotros dominamos siempre la situación. Pero sus esfuerzos fueron en vano, porque el perro seguía aullando y aullando, como un ser humano gritaría ante la inminencia de su muerte. Comenzó a sudar y a temblar. De nuevo sintió cerca, espantosamente cerca, la oscura Presencia que le había desasosegado durante la tarde. Quiso despertar a Vania, pero fue incapaz de emitir el más leve sonido, a la vez que sus manos, apretando tensas el objeto, negaban obediencia a los imperiosos deseos de su voluntad. Sin embargo, al cabo de unos segundos angustiosos la tensión se quebró en su garganta con un grito:

—¡Vania!

Su mujer despertó sobresaltada.

—¿No oyes al perro, Vania? ¿No lo oyes? ¿Lo estás oyendo?

Vania no contestó. Su despertar fue tan brusco que la mente se adhirió al horror de aquellos aullidos y no fue capaz de reflexionar. Pero pudo contemplar, a la difusa luz de las estrellas, el cuerpo convulso de Peter, sus manos aferradas al meteorito, su frente salpicada de gotas, el brillo desesperado de sus ojos. Luego consiguió articular dos palabras:

—El perro...

—Sí —contestó Peter—, el perro... Algo pasa.

Oyeron el último grito del animal. Y luego una especie de chasquido, seguido de un obsceno gorgoteo. El perro —rememoró entonces Peter— había sido el primero en acercarse al meteorito. Lo había olisqueado cuando se enfrió, lo había empujado repetidas veces con el hocico.

—Peter... Deberíamos salir.

—No, Vania, no... Es mejor que nos quedemos y no hablemos más. Que no nos oigan.

—Nos han oído ya. Saben que estamos aquí.

—No, no lo saben, Vania. No piensan. Pero nuestro calor les atrae. El calor...

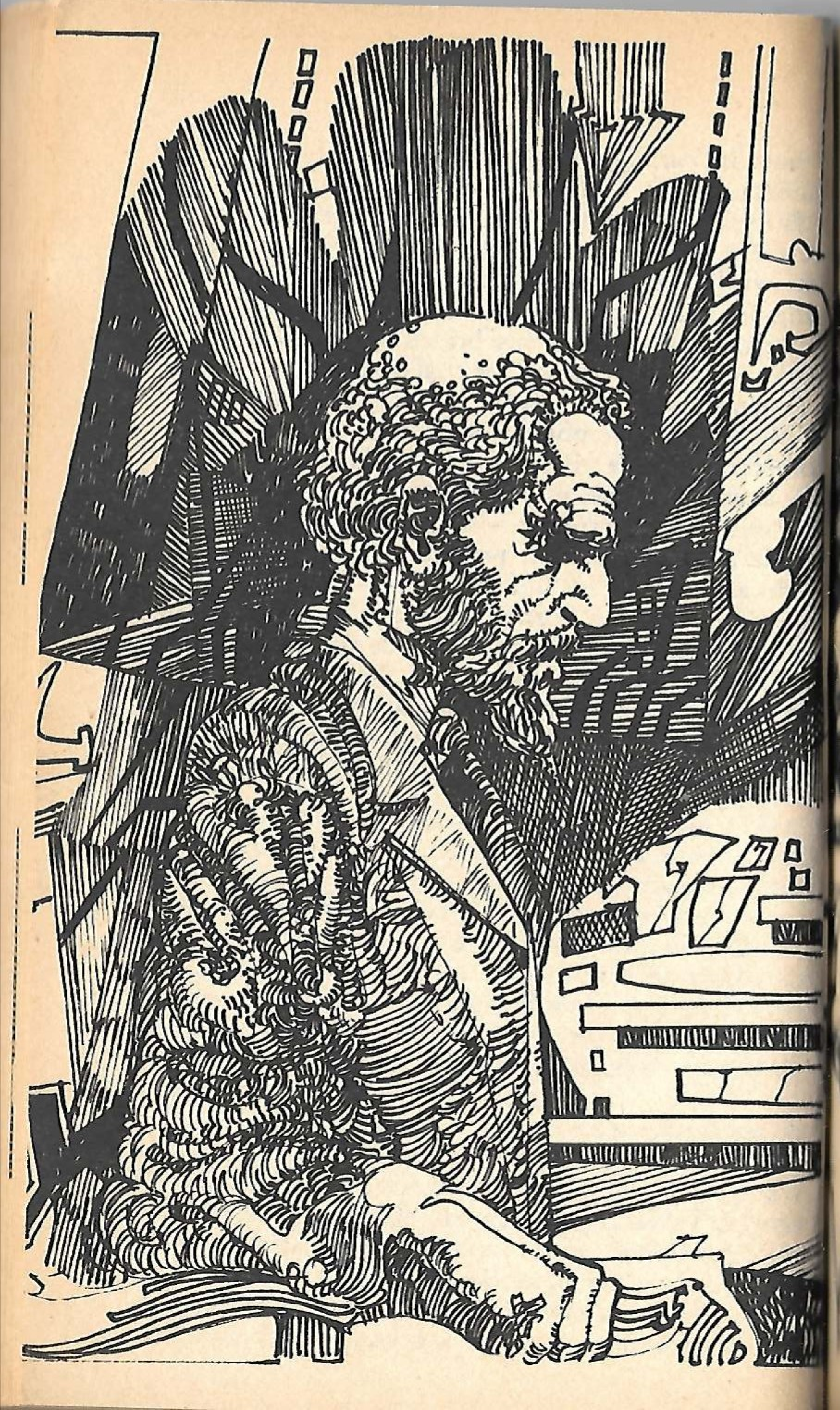
Nunca pudo Vania saber qué soplo clarividente había inspirado a Peter sus últimas palabras. Porque en ese momento crujieron las paredes y la ventana se abrió de golpe, dando paso a un viento impalpable y poderoso que llenó la estancia con las notas de una gélida sinfonía, como si los hielos primordiales del espacio hubieran tomado de pronto posesión de la tierra. Vania retorció sus miembros. Un grito delirante escapó de su garganta. Peter, por el contrario, quedó paralizado. Tenía los ojos muy abiertos y miraba, con obsesiva fijeza, a un punto determinado de la habitación, donde parecía flotar pequeñas y brillantes manchas rojizas. Como sostenidas por hilos invisibles, avanzaban despacio hacia la cama de Peter. Vania advirtió la boca desmesuradamente abierta de su marido, su respiración suspendida, la creciente crispación de sus manos, aferradas al raro metal. Algo parecido al agitado rumor de las olas llenó la estancia. Era un sonido rítmico, prolongado, jubiloso, como la respiración de un monstruo prediluviano vuelto milagrosamente a la vida, como si el hálito de otro mundo pasara a través de afilados e invisibles dientes. Algo rozó la sábana de Vania, a los pies de la cama, produciéndole en los dedos la insufrible sensación de un arañazo viscoso. Pero nada veía, sino las manchas gelatinosas avanzando torpemente hacia el petrificado cuerpo de Peter, hacia el infinito horror reflejado en unos ojos a los que pronto les sería negada la luz para

siempre, ojos que jamás llegarían a percibir la abominable Forma. Varios hierros de la cama se quebraron, chirriantes, y eso hizo que Peter reaccionara con tardía celeridad. Arrojó ante sí el meteorito, con increíble fuerza, y su trayectoria quedó interrumpida en el espacio, donde se sostuvo por un momento, produciendo un ruido blando, acuoso, para resbalar después por una ondulada superficie invisible hasta caer suavemente en el suelo.

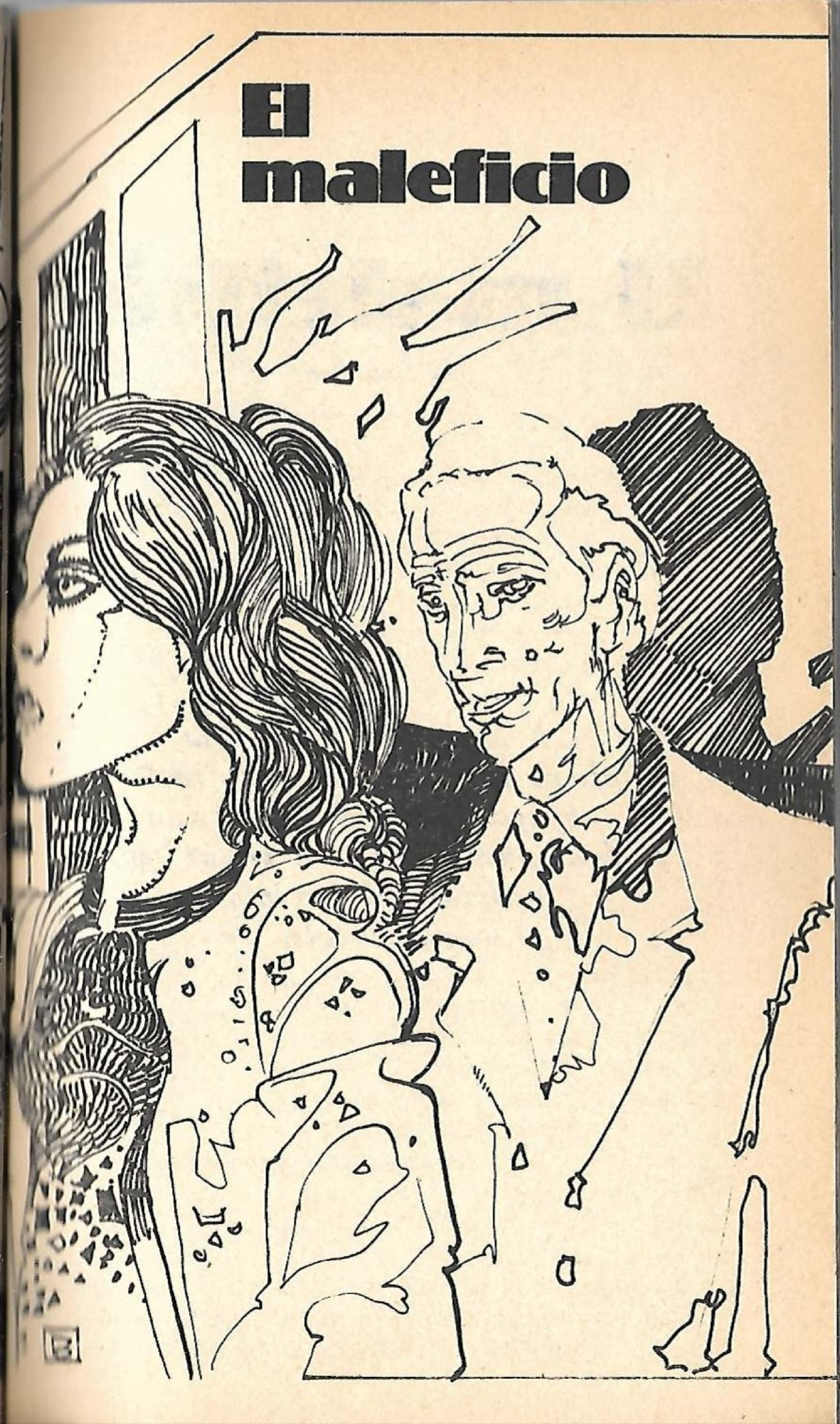
Vania fue luego testigo, al borde de la locura, de la rapidez con que se sucedieron las cosas. Ahogada en un horror inasimilable, su lucidez era absoluta. Vio que Peter era empujado hacia arriba con una fuerza incontenible. Alcanzó a ver en su rostro una última expresión helada. Algo que no lograba percibir sujetaba el cuerpo en el aire, a un metro de la cama. El espanto hacía que los ojos del hombre quisieran escapar de las órbitas. Luego el cuerpo se dobló hacia atrás, hasta alcanzar un ángulo inverosímil, cuyo vértice estaba situado a la altura de los riñones. Y escuchó el terrible chasquido de su columna vertebral fracturada. Aún con vida, Peter profirió un gemido apenas articulado, como el de un cachorrillo violentamente privado de su madre. Después sufrió en el vientre un extraño impacto que, desgarrando la chaqueta del pijama, le produjo un agujero ovalado en la carne viva, ancho como una mano extendida alrededor del ombligo. Vania sintió que se hacían añicos los últimos vestigios de su razón. Porque desde ese agujero, como succionado por el vacío, se expandió, y quedó suspendido en el aire, un enorme charco de sangre.

El horror multiplicaba en Vania los mecanismos de la vigilia, y pudo contemplar la escena centrando su atención en varios puntos a la vez, como si llegara a su cerebro a través de los múltiples cristales del ojo de una mosca. Así observó al mismo tiempo cómo la cabeza de Peter se consumía, semejante a un globo que pierde el aire, y cómo su cuerpo quedaba reducido en pocos segundos a un informe montón de piel

y huesos, para ser luego arrojado al suelo como un guiñapo. Pero también veía simultáneamente algo más espantoso y enloquecedor. Era que la sangre de Peter, al ser absorbida por aquella lóbrega presencia, hizo visible su horrenda forma. Una masa tentacular, sanguinolenta y translúcida, carente de cabeza y ojos, palpitando al unísono sus brazos innumerables, sarmentosos, al extremo de los cuales aparecían esas bocas nauseabundas, ovaladas, que algún Engendro de la Noche había sembrado de dientes verdosos y fosforescentes. El destino fue misericordioso con Vania, privándola en aquel momento de la razón. Pero entre las consoladoras brumas de la locura, mientras gritaba y reía alternativamente, privada ya de todo control, pudo asistir aún a los últimos movimientos de aquella danza macabra. La Forma se arrastraba pesadamente hacia la ventana. El más repulsivo de sus tentáculos se había apoderado del meteorito. En el marco de la ventana se comprimió y pudo así salir al exterior, donde un helado torbellino la zambulló en las tenebrosas profundidades del firmamento.



El maleficio



El maleficio

José León Cano

Los que se entregan a la fascinación del Mal, como ratas subyugadas por el ojo de una cobra, pueden llegar a matar sin utilizar instrumentos convencionales.



L Mal es una enfermedad del espíritu que acaba perturbando la razón de quien la sufre, y esa perturbación puede liberar poderosas energías psíquicas y llegar a producir «milagros» de naturaleza diabólica que, alterando el ritmo de la vida, desfiguren la realidad ordinaria hasta extremos espantosos. Esta es el arma de la brujería, y es también una verdad que el pedestre racionalismo de nuestra época nos ha arrebatado, pero que pertenecía al común de las gentes antes del llamado «Siglo de las Luces», cuando la venganza popular quemaba vivos a los nigromantes. Ahora, gracias a que casi nadie cree en los brujos, éstos pueden actuar con absoluta impunidad. O eso es, al menos, lo que se imaginan.

* * *

Al principio no presté demasiada atención a la codicia con que miraba a mi esposa. Leonor era una mujer deslumbrante y estaba acostumbrado, por ello,

a despertar envidia. Pero había algo inquietante en la forma con que lo hacía. Cuando se la presenté retuvo su mano con evidente impertinencia, y en su rostro se dibujó una descarada expresión de lujuria, apenas disimulada por cuatro palabras de vulgar cortesía. Leonor me confesó que había sentido una sacudida al estrechar su mano:

—Ese hombre me da miedo...

Habíamos acudido atraídos por su fama de vidente. Dolores, nuestra anfitriona, aficionada al esoterismo y a las ciencias ocultas, nos contaba maravillas de su invitado. Era un individuo, al parecer de origen armenio, que acababa de llegar de la India, donde según Dolores, había recibido extrañas enseñanzas de un misterioso gurú. Y nos dijo:

—El futuro no tiene secretos para él. Lee las cartas y las manos como nadie. Dicen que su maestro es un lama tibetano que le ha practicado una operación en la cabeza para despertarle el Tercer Ojo. Es una suerte que hayáis venido, porque ha prometido leernos el futuro a todos.

Eramos diez personas reunidas alrededor de su butaca. Sentado en ella como un rey en su trono, el individuo, que se hacía llamar Hazim Limbar, hablaba lentamente, con voz impostada, algo gangosa y en un tono decididamente clerical. Se refería al ilimitado poder del espíritu, las misteriosas fuerzas de la naturaleza y otros tópicos sobradamente conocidos, pero sin añadir a esta temática alguna observación personal que valiera la pena. Sin embargo, su apostura solemne, sus gestos doctorales y, sobre todo, la extraordinaria viveza de sus ojos oscuros creaban en su torno una evidente atmósfera magnética, cuyo atractivo no dejaba indiferentes a las invitadas, pese a que no pudiera decirse de él que era un hombre guapo. Enteco, sarmentoso, de nariz aguileña y barba puntiaguda, parecía un personaje sacado de «El Greco». Había en sus maneras algo arcaico y fuera de lugar, algo que daba la impresión de que pertenecía a otra época, como la que produce escuchar el castellano de

un sefardita de Jerusalén. Pero el de Hazim Limbar, pese a su acento exótico, era fluido y correcto.

—La muerte —dijo en un momento de su monólogo, mirando directamente a mi esposa— no es sólo un estado físico. Es también un estado espiritual, una experiencia del alma que no siempre es irreversible. Y a veces el espíritu, si una voluntad poderosa así lo decide, no necesita recurrir a la metempsicosis para regresar.

Observé en el rostro de Leonor una creciente palidez que pasó inadvertida a todos —estoy seguro— menos a Hazim Limbar, quien prosiguiendo su raro discurso, a veces salpicado con detalles macabros y espeluznantes, no dejaba de volver una y otra vez a los ojos de mi esposa, al tiempo que acariciaba la plateada estrella invertida de cinco puntas que pendía de su cuello. Sus dedos, largos y huesudos, sobaban persistentemente el metal con morbosa delectación, mientras su mirada se posaba, sin pudor alguno, en la boca y en los pechos de mi mujer... Empecé a sentirme incómodo. El respeto a los demás invitados me sujetaba, a mi pesar, en el asiento. Pero Leonor, aprovechando la primera pausa en una disertación que tan desagradables matices estaba adquiriendo, me susurró al oído que nos fuéramos, que no se encontraba bien.

Una vez en la calle, Leonor, todavía pálida, se apretó a mi brazo, esbozó una sonrisa, me besó fuertemente en el cuello.

—Vamos al cine, a ver algo divertido. Y no me lleves a más reuniones de chiflados. Ese hombre me estaba haciendo daño.

A partir de ese día Leonor empezó a comportarse de manera inusual. A veces la sorprendía mirándose al espejo con una expresión de tristeza, mientras hundía los dedos en su magnífica cabellera rubia. Se ensimismaba con frecuencia, ajena a cuanto le rodeaba. Miraba yo entonces al fondo de sus ojos azules y me parecía encontrar un paisaje desolado. Cuando volvía en sí, después de sus cada vez más

frecuentes raptos, trataba en vano de ocultar una expresión de horror, y me sonreía.

—¿No te encuentras bien?

—No es nada. Puede que esté algo deprimida, pero no sé por qué. Será el tiempo...

Traté de distraerla de mil maneras, pero su estado de ánimo no mejoraba. Llegué a sospechar, incluso, que se hubiera enamorado de alguien. Pero deseché inmediatamente esa idea, porque jamás, en nuestros dos años de matrimonio, me había mostrado mayor ternura. A veces se echaba a mi cuello, ingenua y voluptuosa a la vez como una adolescente, y mi boca recibía, sorprendida, el apasionado calor de sus labios, como si Leonor presintiera que pronto anidaría en ellos el frío de la muerte. Una noche especialmente feliz, después de alcanzar a la vez las cumbres del placer más exquisito, mis dedos jugueteaban en la oscuridad con sus mejillas y las encontré húmedas. Me conmoví pensando que esas lágrimas las había provocado nuestra reciente felicidad, pero me sacó del error diciéndome, con voz entrecortada, que estaba aterrorizada por un oscuro presentimiento.

—Sé que voy a morir pronto y me da mucho miedo...

Leonor fingió tranquilizarse al tratar de persuadirla yo de que tal obsesión era absurda, de que a sus veinticinco años y con una salud robusta como la suya no tenía derecho a pensar esas cosas. Pero lo cierto es que, de día en día, aumentaba su palidez y por sus ojos, cada vez más extraviados, empezaban a surcar preocupantes venillas rojas. Poco a poco fue perdiendo la generosidad de los pechos, la rotunda firmeza de sus caderas, y a la vez que su figura se estilizaba parecía adelgazársele también el temperamento. Lloraba con frecuencia, por cualquier nimiedad o sin motivo alguno, y el mundo exterior le interesaba cada vez menos. Si creyera en vampiros aseguraría que Leonor era una de sus víctimas. Acudí a varios especialistas. Le diagnosticaron, como era evidente, una creciente anemia. Pero su ciencia y la sofistica-

ción de los instrumentos empleados se revelaron incapaces de hallar las raíces de su mal y de encontrar el remedio adecuado. Leonor, la principal razón de mi vida, se me estaba muriendo a ojos vistas y yo no podía hacer nada por evitarlo.

La desesperación me movió a superar prejuicios y repugnancias, a buscar soluciones desesperadas. Leonor llevaba varios días en cama, macilenta y enfebrecida, y se negaba a probar bocado. Recordé entonces la figura siniestra, pero tal vez esperanzadora, de Hazim Limbar, el vidente que había atormentado a mi mujer (quizá, supuse, sin quererlo) en casa de nuestra amiga Dolores. La llamé por teléfono y, sin exponerle el motivo de mi angustia, le pedí que me diera el número de aquel extraño personaje. Marqué las cifras así obtenidas y reconocí su voz gangosa, que a través del hilo telefónico adquiría insólitas resonancias metálicas. Quedé sorprendido por la viveza que adquirieron de pronto sus palabras y por el hecho de que, a pesar de que nuestro contacto hubiera sido superficial y ya lejano, me reconociera de inmediato, en cuanto le dije que era el marido de Leonor.

Nos citamos en un parque, a la caída de esa misma tarde. Llegó puntualmente, con evidentes muestras de inquietud, y me invitó a sentarnos en un banco.

—Le sorprenderá saber —me dijo de sopetón— que estaba esperando su llamada.

—¿Por qué?

—Sé lo que le está pasando a su esposa.

—¿Quién se lo dijo?

—No necesito que nadie me lo diga.

Era a finales de septiembre y todos los pájaros del mundo parecían gritar, triunfantes, sobre nuestras cabezas.

—También sé —añadió— que no le resulto nada simpático. Cuestión de caracteres, tal vez. Pero le ruego que se esfuerce en no considerarme su enemigo y en creer cuanto le voy a decir, por muy increíble o absurdo que le parezca.

Hizo una pausa y me ofreció tabaco de picadura, que rechacé. Luego lió parsimoniosamente un cigarrillo, en silencio y, tras encenderlo y expirar con honda satisfacción la primera bocanada, prosiguió.

—Debe estar preparado para lo que, posiblemente, resulte inevitable... Usted se daría cuenta, sin duda, de que yo miraba con insistencia a su esposa.

—Sí.

—Y hasta es posible que interpretase aquello como una grosería. Lo entiendo y, si supuso eso, le pido disculpas. En realidad yo no «miraba» a su esposa, sino que estaba «viendo» con toda claridad lo que le iba a pasar. Estamos en mil novecientos setenta y nueve y usted no puede aceptar que Leonor es víctima de un maleficio, pero debe hacerlo, porque es la verdad.

—No sé si está usted loco —le repliqué con viveza, casi con ira— o pretende burlarse de mí. En cualquier caso...

—En cualquier caso, se ha visto obligado a recurrir a mí porque no encuentra otra salida... Cálmese. Y le agradecería que aceptase esta picadura. Gener. Es excelente, traída directamente de Cuba.

En vano trató de dulcificar sus aires de triunfo, el maléfico brillo de los ojos, con una sonrisa que quería ser amable. Me sentí rendido y, al saberme enteramente en sus manos, claudiqué. Mal lié, nervioso, el cigarrillo, y al empezar yo a fumar continuó hablando.

—El maleficio concluye con la muerte, pero una muerte así provocada es, de alguna manera, irreal. Es evidente que ningún ser humano tiene el poder de resucitar a los muertos. Es decir, a los muertos auténticos... Sé que hablar de estas cosas con referencia a su mujer le resultará muy doloroso. Pero debe tener confianza en mí. Tampoco puedo prometerle nada con seguridad. Nadie puede hacerlo. Sin embargo, si Leonor entra en agonía, deberá usted avisarme de inmediato. A mí y a nadie más, y no sorprenderse ni

asustarse por lo que ocurra... Entiéndame que no quiero forzarle. Puede olvidarse de esta conversación y no volver a saber de mí.

—No, no...

—En ese caso, vuelva a llamarme cuando entienda que la muerte está cerca de Leonor.

Se levantó y me ofreció su mano huesuda. Tuve que vencer no poca resistencia para estrecharla. Al hacerlo sentí una desagradable sacudida y recordé que a Leonor le había pasado lo mismo. Antes de que me diera la espalda vi por última vez el brillo de sus ojos, en el fondo de los cuales se adivinaba un asomo de ironía, y mi espalda se estremeció con un escalofrío.

Regresé a casa de inmediato para seguir cuidando a la enferma. Sorprendentemente, había mejorado. Los signos de la vida parecían haber vuelto a sus mejillas, y la expresión de su rostro recobraba la paz. La fiebre había desaparecido y no me costó trabajo hacerla tomar sus medicinas. Aceptó, incluso, un refrigerio, y hasta hizo algún comentario sobre lo que el alimento le confortaba. Por primera vez en varias semanas cruzó por mi mente la balsámica idea de que Leonor se recuperaría. Conmovido, la estreché entre mis brazos, pero la fragilidad de aquel cuerpo que antes hubiera sido espléndido me asustó. Le aseguré que pronto se pondría buena, que lo peor de la lucha había quedado atrás, y le prometí que para el otoño, cuando su restablecimiento fuera completo, volveríamos a aquella isla maravillosa donde nos habíamos conocido. Leonor me sonrió con aire fatigado, fingiéndose ilusionada por mi proyecto, y yo besé la línea cárdena, fría, de su boca. Mis labios conocieron el sabor de la muerte y tuve que salir del dormitorio para que no me viera llorar.

Sus gritos me despertaron de madrugada. Un copioso sudor humedecía la almohada. Respiraba fatigosamente, dando grandes y rápidas bocanadas. Su mirada se había clavado, obsesiva, en la lámpara que pendía del techo. No la apartó de allí cuando llegué a

su lado, pero su mano helada, sudorosa, se aferró a la mía:

—Me estoy muriendo.

Hazim Limbar acudió con increíble presteza, la misma con que cogió el teléfono nada más empezar a sonar. Me pareció que no había dormido esa noche, esperando mi llamada. Traía un maletín negro y mostraba señales de agitación e impaciencia. Hizo apenas un breve saludo y pasó rápidamente al dormitorio de Leonor. Mi mujer alentaba penosamente y su cuerpo se veía sacudido por crecientes convulsiones. El vidente dejó su maletín sobre la cómoda y, con aires de taumaturgo, se quitó del cuello la estrella que siempre llevaba y la posó en la frente de la moribunda. De inmediato cesaron las convulsiones, la respiración se hizo más pausada y sus miembros se relajaron hasta dar al cuerpo el aspecto de haber entrado en un sueño normal. No podía dar crédito a mis ojos, pero era evidente que el influjo de aquel metal, o tal vez de la mano de Hazim Limbar, estaba operando una insólita transformación en el estado físico de mi esposa.

Hazim Limbar ordenó que me sentara a los pies de la cama, a fin de no estorbar sus operaciones. Permanecía de pie, junto a Leonor, y continuaba oprimiendo sobre su frente la estrella de cinco puntas. Luego retiró el objeto y se sentó a mi lado, componiendo un gesto a la vez tranquilo y apesadumbrado. Sentí en el hombro el peso frío, desagradable, de su mano.

—El tránsito va a producirse de un momento a otro —me dijo—. Pero su mujer morirá tranquila.

La cercanía física de aquel individuo creaba una opresión repulsiva, como si de su persona emanase un sutil veneno. Siguió un silencio insufrible, apenas interrumpido, desde el salón, por el tic-tac del viejo carrillón, cuyo movimiento pendular, más solemne que nunca, parecía haberse lentificado. La situación me producía el mismo agobio que se experimenta cuando está a punto de estallar una tormenta. De

pronto, los ojos de Leonor, que parecía dormir tranquilamente, se entreabrieron con angustia, mirándome, al tiempo que alzaba despacio la mano, patética, como si me pidiese ayuda. Se incorporó bruscamente y gritó mi nombre. Yo acudí a abrazarla, pero antes de que pudiera hacerlo cayó desplomada. Estreché con fuerza su cuerpo muerto, y hubiera estado toda la noche así, llorando, de no sentir en la espalda el insidioso contacto de la mano de Hazim Limbar.

—Ha llegado el momento de actuar —me dijo.

No entendía el sentido de sus palabras. Leonor, evidentemente, acababa de morir. Quería que aquel inoportuno personaje se marchase y me dejara en paz con mi dolor.

—Aunque no lo crea —me aseguró, y yo quise creerle—, todavía es posible albergar alguna esperanza. Recuerde que Leonor ha sido víctima de un maleficio y el maleficio acaba con la muerte.

—¿Qué pretende hacer?

—Entiendo sus sentimientos y los comparto. Ya todo se ha perdido. ¿Qué más puede perderse entonces con que yo actúe? Vuelva a sentarse donde estaba, trate de dominarse y déjeme hacer.

Supongo que el dolor por la pérdida de Leonor actuó en mi ánimo como un poderoso anestesiante. O tal vez que la insana esperanza en los poderes de aquel hombre fue más fuerte que mi sentido común. En cualquier caso, lo cierto es que me dejé empujar como un corderillo hasta los pies de la cama y me dispuse a ser espectador de una ceremonia que, en el fondo, me parecía una burla macabra.

Extrajo del maletín dos gruesas velas amarillas con sus correspondientes palmatorias y las colocó, encendidas, a ambos lados de la cama, sobre las mesillas de noche. A continuación apagó la luz eléctrica. Con el tembloroso chisporroteo de la cera el rostro desencajado de Leonor parecía gesticular hasta alcanzar la mueca de una horrible sonrisa. Pese a la escasa luz de las velas también pude advertir un inusitado brillo en los ojos de Hazim Limbar, ojos de quien, seguro de

su triunfo, se aprestaba a iniciar una infame experiencia.

Estupefacto, vi cómo sacaba ahora del maletín un cordel de reluciente seda amarilla y cómo lo anudaba a la muñeca derecha de la muerta, sujetando el otro cabo en su propia mano izquierda. Con la mano libre revolvió entonces en el maletín hasta hallar un extraño objeto metálico, con mango de caoba, del que sobresalían siete aceradas puntas rojas, como siete rayos de un sol agonizante. Se me revolvió el estómago y sentí náuseas, pero, fascinado como estaba ante lo insólito de sus manipulaciones, permanecí quieto y en silencio. Hazim Limbar acercaba las puntas del objeto a la boca del cadáver, una a una, y salmodiaba en voz baja unas palabras incomprensibles en lo que se me antojó un idioma arcaico y maldito, borrado durante siglos de la memoria de los hombres:

—¡Oha, Loo, Astarooh, Gipuu, Zaa...

Estiraba las vocales hasta hacerlas inaudibles, como un eco que se perdiera entre las sombras. Me sobrecogió la fascinación de aquellas palabras misteriosas, cuya insistente repetición provocaba, a mi pesar, un relativo adormecimiento de mi conciencia y una rara exaltación de los sentidos.

Por eso creí ser víctima de una alucinación cuando, al cabo de unos minutos, advertí un leve movimiento en la muñeca anudada del cuerpo sin vida. Aquello tuvo el efecto de una ducha fría; mis ojos se abrieron desmesuradamente y por un momento supuse que el ejecutante de tan macabra ceremonia estaba tirando del hilo de seda. Pero el hilo, aunque seguía sujeto en la mano izquierda de Hazim Limbar, permanecía fláccido sobre la sábana...

Comprobé, preso de una angustia intolerable, que los movimientos seguían reproduciéndose, ahora con toda evidencia. El tronco permanecía rígido, la cabeza ladeada hacia el hombro izquierdo y el rostro mostraba todos los signos de la muerte: barbilla desencajada, ojos extraviados, vítreos... Pero el tic de la mu-

ñeca se extendía ahora a la mano y el puño se movía espasmódicamente, y los dedos se abrían y se cerraban como si obedecieran a impulsos eléctricos... No podía dar crédito a mis sentidos, pero tuve que rendirme a la evidencia. ¡Aquel charlatán estaba devolviéndole la vida!

Entonces le vi acercarse al oído del cadáver, en actitud de quien profiriera un ruego secreto, y luego sopló débil, pero largamente, sobre su rostro. Y ya no pude atribuir al mortecino fulgor de las velas la impresión de que el desencajado rostro de Leonor sonreía. Estaba realmente sonriendo, con mezquina voluptuosidad, como si, despertándose de un sueño lujurioso, se aprestara a entregarse en los brazos prohibidos de un amante... Lo que me heló la sangre no fue reconocer los estupefacientes signos de la resurrección, por más que hecho semejante repugnara a mi entendimiento, sino ese innoble gesto de su rostro reflejando la crudeza de unos apetitos que Leonor nunca había expresado así mientras estuvo viva. Vi asomar lentamente su lengua, ofreciéndola al taumaturgo, y descubrí una mirada mortecina y siniestra que en nada correspondía a la que tan amorosamente recordaba de mi compañera. Pero ¿era el espíritu de Leonor, de mi dulce y amada Leonor, el que pugnaba por alentarlo?

Supe que no era así cuando las manos de mi despreciable visitante mancillaron las de aquel cuerpo, que había sido mío, con caricias que revelaban una delirante necrofilia. Adiviné entonces quién había sido el autor del maleficio y me maldije por no haberlo descubierto antes. Al ser acariciado por Hazim Limbar, un sordo gemido nació de la garganta del cadáver. Parecía una expresión pasional dirigida a aquel hombre capaz, aun en mi presencia, de todas las abominaciones. La náusea me impidió reaccionar hasta que los ojos que tanto amor me habían dado, reparando en mi presencia, me dirigieron una mirada imborrable, repulsiva...

El odio de aquellos ojos que habían sido lo mejor de

mi vida actuó en mi ánimo como un detonante. De un empujón hice que Hazim Limbar soltara su presa. Luego, asiéndole por las solapas, le empujé hasta la pared. No opuso resistencia, sino que se dejó llevar como un muñeco de trapo, sudoroso, con los ojos semicerrados, como si su mente estuviera en alguna región remota, entregada a sabe el diablo qué nefandos placeres. Semejante actitud exacerbó el empuje de mi ira. Me apoderé del extraño objeto puntiagudo que utilizó para su macabra ceremonia y descargué en su vientre, de un solo golpe, toda la longitud de sus puntas.

No reaccionó. Tuve la penosa impresión de haber acuchillado a un pelele, frustrado al no percibir movimiento alguno en los músculos de su rostro. Y de pronto, un grito lacerante, desgarrador, sonó a mis espaldas procedente de la cama.

Volví la cara y vi su horrenda boca abierta, vibrante; sus ojos fijos en los míos, como clavos al rojo; su indescriptible expresión de odio inhumano, frío, congelado en un supremo gesto de ignominia. Luego, el cadáver de Leonor retorció lentamente sus brazos, tensas las manos como cuerdas de guitarra, como si tratase de taponar, por encima de la sábana, la creciente mancha de sangre viscosa, helada, que parecía proceder de su vientre.

El espectáculo me paralizó. Incapaz de comprender lo que estaba pasando, pero inmerso, a mi pesar, en el horror que fluía de aquella cama, observé los macabros movimientos de su carne muerta, los casi inaudibles estertores de un pecho que había dejado de respirar hacía mucho tiempo y, sin embargo, se afanaba por reencontrar la vida, empujando por una fuerza ominosa y terrible. Ni el horror de la propia muerte podría compararse al que entonces sentí, viendo cómo ese cuerpo, para mí tan querido, se retorcía bajo la sangre, de acuerdo con los dictados de una inconcebible maldición. Me espantaban sus ojos, vidriosos pero vivos, tratando de expulsar hacia los míos todo el veneno que aquel desconocido había

vertido en el cuerpo de mi mujer. No pude soportar esa mirada y volví la cabeza: Hazim Limbar acababa de expirar a mis pies, con el vientre cubierto de sangre. El orgasmo y la muerte, a juzgar por la despreciable expresión de su cara, le habían llegado al mismo tiempo.

La piedad hacia Leonor fue más fuerte que el horror que me inspiraba, y gracias a eso pude volver al lado de su cama. La mancha de sangre se había extendido por casi toda la sábana y la dureza de sus ojos seguía siendo intolerable, pero ya había cesado todo movimiento, a excepción de un leve tic en su mano derecha, cuya muñeca continuaba anudada por aquel extraño hilo de seda. Comprendí que debía desatar el nudo, y al hacerlo se operó en el cuerpo un cambio evidente, como si la sombra que lo había poseído se hubiera disuelto para siempre. Se apagó el brillo de aquellos ojos terribles, el odio infame que en mala hora los había despertado a la vida, y el cadáver recuperó la paz que una desgraciada insania había perturbado. Levanté la sábana ensangrentada, pero no encontré sobre la piel la menor huella de violencia. Estaba empezando a amanecer. Apagué las velas, abrí la ventana y agradecí como nunca la purificadora presencia del sol, con sus primeros destellos.



Una dama misteriosa



Una dama misteriosa

Víctor Rojo

¿Qué misterio se escondía en la perfecta belleza de aquella mujer? ¿Cuál era el motivo de su rechazo si sus ojos profundos reclamaban su amor? ¿Y cuál el sentido de las pisadas, pertinaces, perseguidoras, invisibles que les acompañaban en su paseo nocturno?



N extraño misterio envolvía el mundo de aquella exuberante mujer que tanto me atraía. En el pequeño círculo de mis amistades se contaban o sospechaban, cosas terroríficas. Pero mi ansiedad por conocerla era tan grande que a cada nueva historia que me narraban más desasosiego me producía y mayor interés despertaba por conocerla.

Había llegado ya a obsesionarme con ella. En aquel local que frecuentábamos la dama ocupaba siempre el mismo lugar, la misma silla. Siempre aparecía sola; jamás la vi acompañada. Me gustaba toda su figura. Me gustaba su soberbia elegancia cuando hacía la entrada, entre las sombras de la sala, mientras alguna cantante negra se contorsionaba en la pista. Me gustaba el movimiento leve y contenido, discreto, de sus caderas; la postura de sus manos, el estilo con que sabía cubrirse la espalda, cada noche con una prenda nueva. Me inquietaban los modales refinados y femeninos que usaba cuando tomaba su copa de coctel y la acercaba a su boca. Confieso que aquellos labios rojos que yo veía a rela-

tiva distancia —y casi siempre en la penumbra— me extasiaban. Y me enloquecía su pelo, aquel pelo ondulado, indefinido, mitad oro y mitad plata...

—Olvídate —me decían—; olvídate de ella.

Mis labios se me desbocaban hacia ella, como mis ojos. Me interesaba su piel, la insinuante piel de sus brazos, siempre desnudos. Me excitaba su boca. Hubiera dado entonces la vida por entregarme a su boca. Pero, sobre todo, desde las últimas noches, lo que especialmente me reclamaban eran sus profundos ojos. Los había descubierto en la oscuridad de aquella sala, sobre la tenue luz azulada que desplazaban los focos mientras dibujaban círculos en la pista.

La primera noche que descubrí sus ojos, que me encontré con ellos, apenas puede conciliar el sueño. Dormí con desasosiego. Necesitaba rozar el blanco terciopelo de sus brazos, acariciar su espalda... Pero, sobre todo, penetrar a fondo en las profundidades de aquella mirada.

A partir de aquella noche mis ojos —ansiosamente— la perseguían. Y sus ojos me perseguían. Quisiera creer ahora que nadie advertía nuestro oculto e íntimo lenguaje, que nadie nos vigilaba. Y, sin embargo, yo vivía a partir de entonces ajeno a todo cuanto allí ocurría. Veía sus ojos, luminosos, verdes, en las débiles tinieblas de la sala. Y me llamaban. Nuestros encuentros fueron largos, interminables. Yo siempre procuraba llegar antes que ella. Me arropaba con mi grupo, con mi gente, conservando siempre la misma mesa. Y al poco..., ella aparecía y ya me inquietaba.

Yo notaba algunos codazos y otras señas entre la gente que me acompañaba. No pasaba de aquellos gestos, que me parecían rufianes, acaso mezquinos, pero que debían tener su origen en no sé qué extrañas cosas...

Desde que hacía su aparición, mis ojos ya no podían perderla de vista: seguía su insinuante recorrido entre las mesas hasta que ocupaba la suya. Dejaba la estola en el respaldo y luego cubría ligera-

mente su espalda. Adivinaba sus rodillas. Me gustaba la forma y la finura con que cruzaba sus piernas. Luego sus labios rozando el cristal de la copa, siempre la misma copa. Y sus ojos, verdes ojos luminosos, que me buscaban, que me encendían... Finalmente, ella siempre abandonaba la sala. Lo hacía cuando las actuaciones aún no habían concluido. Y su salida era tan insinuante para mí como su entrada. Abandonaba el local también sola. Y eran los momentos en que yo mayor angustia padecía, porque dudaba si debía levantarme, saludarla y seguirla. Pero nunca encontraba el momento, el modo ni la manera.

—Es mejor que olvides a esa mujer —me repetían—. Olvídate de ella.

Jamás me dieron mayores explicaciones; nadie sabía, ni tampoco nadie podía. Era una oscura leyenda, misteriosa y acaso terrorífica, que nadie conocía; tan sólo un rumor añejo, arrastrado día tras día, que no podía aclararme nada.

Mi inquietud por ella había crecido desmesuradamente. Por las noches, abandonado en mi cama, soñaba con ella. Recorría todo su cuerpo febrilmente, hasta que por fin mis manos la estrechaban, recibiendo toda la frescura de su piel, y mi boca se hundía en ella.

Me sobresalté más que de costumbre aquella noche, cuando ella hizo su entrada. Mi instinto, o mi ansiedad, me anunciaron con adelanto su entrada. Y cuando apenas había traspasado la puerta ya mis ojos estaban fijos en los suyos, relucientes y verdes, luminosos en aquella espesura negra. «¿Y por qué me mira insistentemente también ella?», me preguntaba. Seguí todos sus movimientos: la elegante travesía de sus piernas y sus caderas hasta llegar a su mesa. No me perdí el más leve movimiento de sus manos cuando liberaba su piel de los guantes que la preservaban. Sentí un ligero escalofrío cuando sus dedos atusaron su melena. Me hubiera gustado estar frente a ella, acariciar aquella melena, áurea y plateada, dedicarle toda mi ternura...

Mil puñales me oprimían el pecho cuando tomé la decisión de acercarme a la dama aquella noche. La respiración se me hizo más agitada. Discretamente estuve vigilando las reacciones de cuantos me acompañaban; al parecer, nadie advertía nada. Eran demasiado frecuentes ya aquellas escenas para que ahora les inquietara. Sus ojos, los ojos de ella, de nuevo me miraban. Y algo se convulsionaba en mis adentros. Necesitaba contemplarlos de cerca, palpar con mis manos su cara...

Poco antes de que se acercara la hora de su marcha yo abandoné mi mesa sin necesidad de utilizar ninguna excusa. Sobreexcitado y nervioso, la estuve aguardando fuera. Escuchaba ajeno los compases de la pista, la voz de alguna cantante, la que suponía envuelta en brillantes lentejuelas y acaso con unas bonitas y rollizas piernas. Nada de eso me interesaba. El ritmo cardíaco se me aceleraba alarmantemente. Yo tan sólo pensaba en ella: sus ojos, sus manos, su espalda, su piel, su aire ligero y misterioso, también sus piernas...

Adiviné su silueta al cruzar ya la cortina: terminaba de ponerse los guantes y salía. No me costó acercarme a ella:

—Madame.

Sus ojos fosforescentes, verdes, penetrantes, luminosos, se clavaron nuevamente en los míos. Sentí una llamada de fuego y una sensación indescriptible de pánico. Eran mis nervios..., sin duda.

—Madame... ¿Me permite?

Le hablé mientras salíamos del local. Estaba pidiéndola que me permitiera acercarme a ella.

—No le conozco... —me dijo, escuetamente.

Y no sé con qué extraño gesto rechazó la intención del portero de acercarle un taxi, o acaso su coche... Me sentí más aliviado. Esa deferencia sólo podía ser por mí. Permitía, al fin, que la acompañara.

—Perdón, madame... Sí me conoce. Y necesito hablar con usted... Hace ya mucho tiempo...

No me respondió. Pero seguimos caminando. Ella

lo hacía muy despacio. A mí tan sólo me preocupaba no parecer impertinente, darle otro tono a mi compostura. Ella rechazaba ahora mi mirada, pero yo sabía que iba a aceptar mi compañía.

Sin embargo, me dijo:

—Le recomiendo que no me acompañe. Es mejor que se vaya...

Aquellas palabras suyas me dieron toda la seguridad que me faltaba.

—Si no le molesta, yo prefiero acompañarla; necesito acompañarla, necesito conocerla... Y usted lo sabe.

—Yo prefiero que se vaya.

—Usted sabe que me intriga —le dije, ya con toda seguridad, advirtiendo que me aceptaba el diálogo—. Y que sus ojos me persiguen. También me subyuga su imagen y su figura... Hace ya muchas noches que la observo y usted también me observa. ¿Por qué me observa usted... sabiendo lo que me inquieta?

—A mí me gustaría no mantener esta conversación con usted y que se marchara. Prefiero no traspasar ese juego tan simple de unas miradas.

—Pero usted sabe que me interesa...

Un nuevo encanto le había descubierto al caminar ahora junto a ella: su perfume. Su perfume, que no me recordaba ningún otro, me embriagaba.

Luego me preguntó sin ambigüedad ninguna:

—¿Piensa usted acompañarme a casa?

—Es mi intención, si usted no me lo niega.

Siguió un silencio demasiado largo, que no quise interpretar siquiera. Iba creciendo mi confianza. Me sentía más seguro ahora a su lado, después de haber cruzado las primeras palabras.

—Usted debe saber que corre un grave riesgo si me acompaña...

Una intriga más para sumar a todas aquellas advertencias. Y esa intriga, precisamente, era parte de todo aquello que ella poseía y que me reclamaba con tanta fuerza.

—No pretenda asustarme, madame. Simplemente,

usted me gusta. No hay nada perverso ni maligno en el deseo de acompañarla.

—No; pero usted debe saber que yo nunca estoy sola. Alguien me vigila constantemente, alguien me acompaña a todas partes y ahora también nos está siguiendo...

No tuve sensación de curiosidad, sino de miedo. Pero no quise tampoco inmutarme y ni siquiera moví las pestañas.

—¿Por qué su empeño está en asustarme, madame?

Tardó unos segundos en darme respuesta:

—No pretendo asustarle; tan sólo persuadirle... Pero procure, sin volver la cabeza, escuchar el ritmo de unos pasos que nos vienen siguiendo.

Atravesábamos la zona vieja de la ciudad, las callejas más estrechas. Efectivamente, el rumor de unas pisadas, acompasadas con las nuestras, parecían seguirnos a relativa distancia. Pero eso ocurría con toda frecuencia; en aquella zona los pasos de los peatones producían siempre resonancias. Aquello no significaba nada. No obstante, pese a mis furibundas ansias, reprimí todo impulso de volver la cabeza.

En mi consciente no encajaba aquella dulzura de su voz, aquellas formas tan exquisitas, aquella delicada elegancia que tanto me azoraba, con esa sensación de miedo y misterio que ella, con todo empeño, me transmitía. Sin embargo, estaba advertido. Y sus ojos, ahora, que no veía, también me intrigaban. No supe cómo podría despejar aquella incógnita.

—No tiene por qué acompañarme. Es mejor que se despida. Le ruego, mejor, que se despida ahora.

Y nos paramos, sin más, en la acera. Y los pasos que antes nos seguían también se perdieron en el inesperado silencio. Y, sin poder contener el impulso, me volví hacia atrás, tratando de encontrar una justificación razonable a todo aquello. Pero no logré descubrir a nadie... Nadie nos seguía.

—Nadie nos sigue —le dije, tajante y convincente.

Y me quedé extasiado nuevamente con su boca,

ahora frente a ella. No podía adivinar cuál era el juego de aquella misteriosa dama. Sus labios también temblaban: me necesitaban. Y sus ojos luminosos, tan verdes, no podían reprimir la ternura... que rebosaban.

—Madame, yo la quiero... Y la deseo.

Fue su boca la que se ofreció a la mía. Un leve y ligerísimo roce de nuestros labios. Sus labios helados, rojos, caramelo... Y mi deseo aún más encendido.

—Váyase, se lo suplico. Váyase ahora...

Ahora, no. Ahora no podía ya marcharme aunque ella insistiera, aunque todas las fuerzas conocidas me obligaran. Cruzaron velozmente por mi cerebro todas las imágenes de las últimas semanas, desde la primera noche en que la había reconocido en aquella sala. Se me agolparon en un mismo pensamiento todas las extrañas advertencias que mis amigos me habían hecho sobre aquella misteriosa dama..., pero quise volver a conocer el sabor de sus labios y ella, de forma coqueta y femenina, puso sus dedos en mi boca y dijo:

—Aquí, no. Pero si nada te asusta..., acompáñame a casa.

Sentí el delicioso tacto de su brazo. Iniciamos de nuevo el camino, a otro paso. Quise cerciorarme de si nos seguían o no importunando aquellas pisadas, a las que ella ya no aludía. Percibí un ruido cadencioso y acompasado; sí, verdaderamente, podían estarnos siguiendo; pero ya nada de eso me importaba. Sabía que había conquistado por fin a la dama, que íbamos hacia su casa, que al fin iba a poder acariciar aquella suavidad lujuriosa de sus brazos, palpar su excitante contorno, envolver con mis propias manos aquella cara que tanto sugería, pudiendo acariciar con mimo y cuidado su melena de oro y plata...

No estábamos lejos. Sus ojos se encendieron cuando llegamos frente a un viejo portalón que sólo tuvimos que empujar levemente para que nos permitiera la entrada.

Subimos unas anchas escaleras de madera hasta el rellano del primer piso. Mi respiración volvía a ser

más agitada de nuevo. Pero ya no sentía ningún miedo; todos se habían disipado. Ella me había aceptado, había consentido y ahora me llevaba a su casa, lo que durante tantas noches había anhelado y soñado. Giró la llave en la cerradura. Aproveché para acariciar sus hombros..., provocándome un inmenso estremecimiento... Empujó la puerta de lo que parecía una gran mansión y cruzamos el umbral.

Me llevó de la mano por un largo pasillo. Me inquietaba el olor de la casa: una mezcla entre el perfume que me subyugaba y un ambiente húmedo y cerrado, que parecía impropio de aquella dama. Apenas un farolillo de pared nos guiaba, hasta que dimos en una habitación hermosa, llena de cortinajes de gran lujo, varias consolas, muchos relojes y numerosos retratos, que apenas si aquella luz me permitía distinguir...

Ansioso como estaba, quise rodear con presteza su cintura con mis brazos. Pero apenas si me lo permitió en aquellos momentos. Dejó la estola en algún sitio. Minuciosamente se quitó los guantes. Pude apreciar, dentro de la escasa luz de la estancia, aquellas formas de sus caderas, de sus pechos, que tanto tanto me habían excitado... Todo podía ser muy lento. Por eso decidí mostrarme como un amante deseoso y provoqué la caída de su vestido.

Una sensación de pánico me recorrió el cuerpo: enormes surcos rojizos recorrían su pecho de arriba a abajo. Sintió el deseo de cubrirse, agachándose, cuando no pudo evitar que su pelo, aquel pelo de oro y plata, se le desprendiera de la cabeza, como un burdo postizo. Y apareció su cabeza completamente afeitada, cubierta de hendiduras y llagas repulsivas y asquerosas que arrancó a mi rostro aquel gesto de terror y pánico.

—¡Nooooooooo!...

Cambió por completo su semblante. Ya no le preocupaba mostrarse tal cual era; aún me horroricé más cuando advertí que los surcos que le atravesaban

el pecho eran enormes y repugnantes huellas de zarpa de un felino.

Asco, sentí miedo y asco ante aquel esperpento dramático. Y ella me miró con odio para gritarme luego:

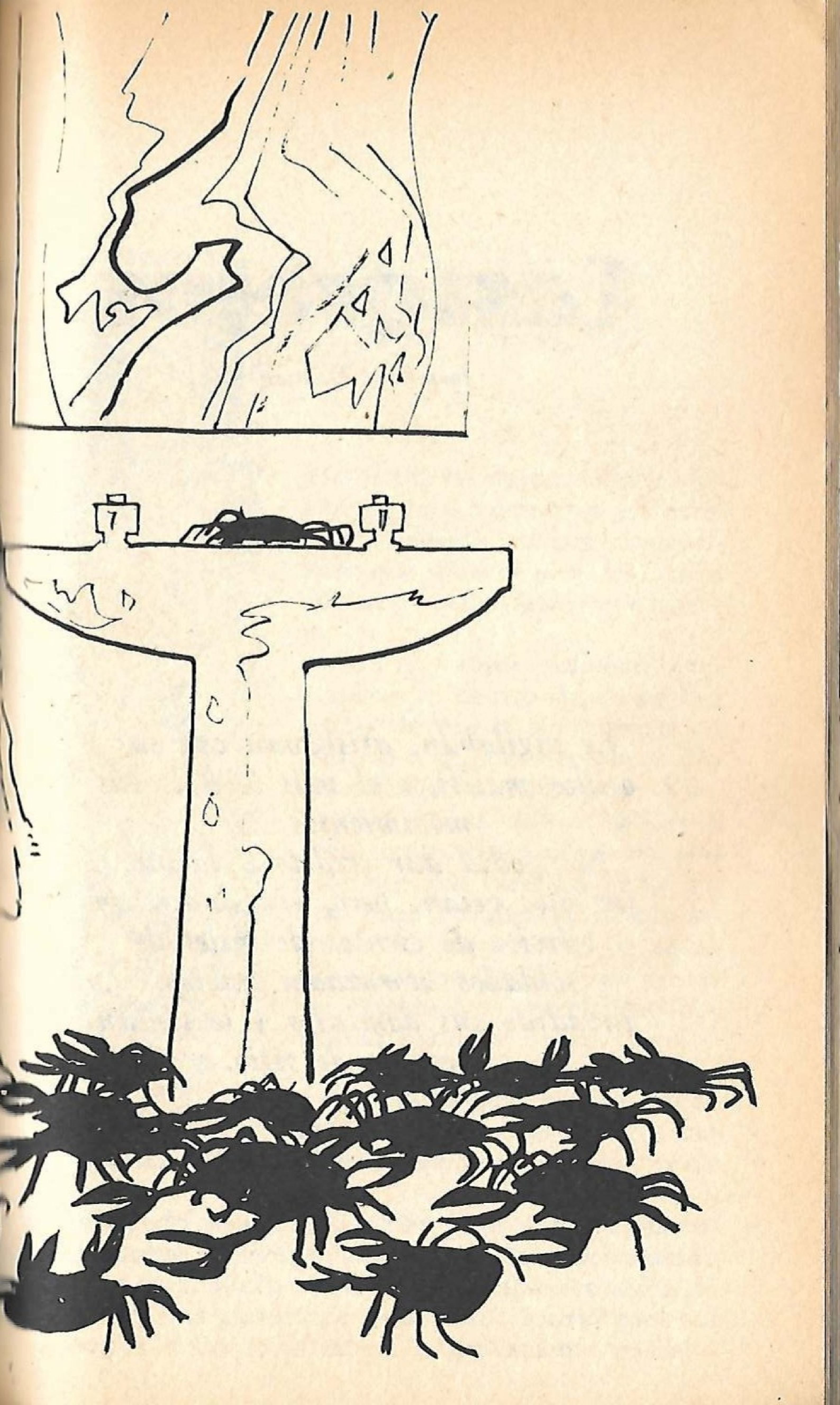
—¿Ves..., insensato?...

Y en aquel instante, de su garganta salió un extraño gemido o maullido, como un aviso o como un llanto, y repentinamente, sobre mí se avalanzaron tres horrendos y salvajes gatos, de los que no pude defenderme, que me acribillaron la cara con sus uñas y con sus dientes asquerosos y afilados..., hasta que perdí por completo el conocimiento.

* * *

Ahora, al cabo del tiempo, ciego y con el rostro desfigurado y deshecho, cruzado de mil zarpazos, yo soy quien vigila los pasos de Madame todas las noches, repitiendo siempre el mismo recorrido y confiando en que alguien quiera acompañarla a casa, momento en que concluiré la obligación de mi compromiso.

Cangrejos



Cangrejos

Jean-Paul Dutronc

Le vigilaban, atisbaban con sus ojillos maléficos el más leve de sus movimientos...
No podía dar crédito a lo que sus ojos veían, pero, sin duda, un ejército de cientos de miles de soldados acorazados habían invadido sus dominios y le tenían en estado de sitio.



ESCORRIÓ las cortinas de la ducha, y ya iba a poner un pie en el suelo, cuando advirtió horrorizado que todo el piso del cuarto de baño estaba lleno de cangrejos.

Con el corazón palpitando furiosamente dentro de su pecho, corrió de nuevo las cortinas de plástico y trató de serenarse. No resultaba en absoluto razonable, pero la verdad era que había podido comprobar por sus propios ojos que, no bien los dedos de sus pies rozaron inadvertidamente los caparazones de aquellos crustáceos, cientos de pinzas se abalanzaron anhelantes deseando hundirse en su carne.

Se frotó los ojos con las manos y después las pasó por la húmeda cabellera. Las gotas de agua comenzaban a secarse sobre su piel, que se enfriaba rápidamente.

Abriendo de nuevo el grifo, dejó que el agua corriera sobre su cuerpo. Aplicó la ducha directamente encima de la nuca y sintió una agradable sensación de tibieza y una gratificante relajación. Sonrió para sus adentros y movió la cabeza negativamente conside-

rando lo absurdo de aquella fugaz fantasía. Un chasquido le hizo volver a la realidad.

Atisbando por la abertura de la cortina, vio el toallero y un extremo del armario situado junto al lavabo. Fue descorriéndola poco a poco, y, con cierta aprensión, dirigió la vista hacia el suelo. Allí estaban. Formando un inquieto estrato que se ondulaba perezosamente, unos encima de otros, se apilaban los cangrejos, que, apenas advirtieron su presencia, comenzaron a agitarse nerviosamente. Hasta él se elevó un murmullo de chasquidos, y cientos de pinzas se alzaron como implorando algo que no quiso imaginar. Innumerables pares de ojos, inquietas cabezas negras de alfiler, se agitaron para terminar confluyendo en su persona.

Cerró otra vez las cortinas, y recluido en aquel estrecho cubículo, procuró serenarse y afrontar con tranquilidad la insólita situación. Los cangrejos estaban allí. Aquella segunda ojeada había sido suficiente para apreciar que no se trataba de ninguna broma de su imaginación. Preguntarse de dónde habían salido, cuántos eran, o qué esperaban, no iba a conducirle a nada. El suelo del cuarto de baño estaba plagado de cangrejos; las pinzas de tales crustáceos podían causar daño; la aprensión de su carne desnuda por parte de semejante número de fuertes tenazas podía producirle la muerte: tales eran los hechos.

Dejando al margen, por tanto, cualquier consideración acerca del origen de aquella estrambótica situación, lo único que debía interesarle era cómo salir de la bañera y abandonar el cuarto de baño sin que las pinzas de aquellos bichos hicieran presa en su cuerpo.

La puerta distaba cerca de dos metros, por lo que rechazó de inmediato la idea de correr alocadamente hacia ella. Suponiendo que tuviera la suerte de no ser apresado, lo más probable era que sus pies resbalaran sobre aquellos caparazones y, una vez en el suelo, no habría nada que hacer. Incluso, si conseguía alcanzar la puerta incólume, ¿quién le decía que cientos o mi-

les de inquietas patitas terminadas en fuertes pinzas no le aguardaban anhelantes sobre el suelo del pasillo y del dormitorio? Desde el momento en que había sucedido lo que sus ojos estaban contemplando, aquella situación podía hacerse extensible, por la misma desquiciada lógica, al resto de la casa.

Estornudó varias veces. Las toallas estaban demasiado lejos para poder alcanzarlas desde la bañera, y, si no quería atrapar un resfriado atroz, la única solución, en tanto hallara una salida para aquella absurda situación, era continuar duchándose de vez en cuando.

Furioso y asustado, tomó la pastilla de jabón y la lanzó contra el lugar en que era mayor la concentración de cangrejos. La pastilla rebotó contra el caparazón de un gran crustáceo, que le miró fijamente agitando sus enormes pinzas, y después fue a parar cerca del inodoro. El susto que le invadía subió de grado al comprobar que varios cangrejos se abalanzaban sobre ella y, cuarteándola con sus tenazas, la devoraban en un abrir y cerrar de ojos sin que, al parecer, sufrieran el más mínimo trastorno. Ahora se encontraba convencido de que, si acaso se le ocurría poner el pie en el suelo, quedaría descarnado en cosa de segundos.

Uno de los bichos intentó escalar los baldosines y trepar hasta el borde de la bañera, pero desistió al segundo intento. La pulida superficie resultaba tan resbaladiza que hacía imposible la ascensión.

Mientras dejaba correr el agua tibia por su cuerpo, se le ocurrió la idea de cocer a los cangrejos. ¿No era aquel el procedimiento que se empleaba para matarlos?

Procurando que el agua caliente no le quemara los pies, los colocó en el borde de la bañera, y en aquel difícil equilibrio, abrió por completo el grifo. Instantes después, el agua salía casi hirviendo, y una atosigante nube de vapor obstaculizaba su visión.

Cuando consideró que la temperatura era la máxima que podía ser alcanzada, apartó las cortinas y dirigió el chorro hacia los cangrejos, que, al sentir

sobre sus caparazones el ardiente líquido, hicieron crujir sus pinzas y las entrechocaron furibundamente.

Satisfecho, sonrió, y la alegría por su inminente triunfo fue transformando la sonrisa en una carcajada incontenible. Rió y rió hasta que, en uno de los accesos, advirtió que perdía el equilibrio, y por un momento temió caer sobre los cangrejos, pero en el último segundo realizó una brusca torsión y se derrumbó sobre la bañera produciéndose un agudo dolor en las rodillas y en la espalda. Un instante después, la manguera de la ducha, que había soltado en su caída, se balanceó sobre él y un chorro de agua hirviente le abrasó arrancándole un alarido desgarrador.

Como pudo, alcanzó el grifo del agua caliente y lo cerró por completo. El muslo derecho se le enrojeció violentamente y el dolor de la quemadura ocultó, de momento, el producido por la caída sobre la bañera. En aquel lastimoso estado, esperó a que se despejara la nube de vapor.

Cuando la atmósfera se clarificó lo suficiente, advirtió que los cangrejos continuaban allí. Tan sólo dos o tres de ellos yacían patas arriba sin vida. El color de los caparazones de sus víctimas se había vuelto violentamente rojo.

Aunque dolorido por el golpe, y con lágrimas en los ojos debido al escozor de la quemadura, se sintió aliviado al comprobar que el sistema había dado resultados. Tan sólo era cuestión de actuar con serenidad y lanzar el chorro contra los crustáceos procurando que no le alcanzara a él mismo.

Situándose de tal modo que hurtaba su cuerpo a las salpicaduras del agua caliente, volvió a abrir el grifo a tope. El ardiente líquido se abatió contra los cangrejos, y, nuevamente, una nube de vapor invadió la estancia. Pero, cuando ya gozaba por anticipado de su triunfo, se dio cuenta de que, a pesar de mantener el grifo abierto, la nube de vapor comenzaba a disiparse. Unas gotas de agua salpicaron su mano y pudo apreciar que la temperatura del chorro descendía os-

tensiblemente. Al instante comprendió lo que estaba ocurriendo. Antes de introducirse en el baño había sopesado la bombona de gas sospechando que su contenido estaba ya en las últimas, pero, suponiendo que quedaba lo bastante para una ducha, había decidido arriesgarse. Aquel resto de gas había sido suficiente, tal y como imaginó, para una ducha, pero sólo para una.

Cuando la nube de vapor se disipó, creyó notar que el número de cangrejos había aumentado, y, mirando el baldosín de la pared más cercano al suelo, comprobó que el estrato de crustáceos lo ocultaba casi en sus tres cuartas partes.

Dolorido, y tiritando de frío por no poder secarse, se esforzó en hallar una solución a tan insólita situación. Podía arrancar las cortinas que rodeaban la bañera y tenderlas sobre el suelo para caminar sobre ellas hasta la puerta, pero ¿estaría libre de crustáceos el pasillo? ¿Sería posible matarlos uno a uno machacándolos con el frasco de gel?, se dijo.

Quizá fuera una tarea ardua, pero, ni corto ni perezoso, tomó el pesado recipiente de plástico y, sin soltarlo, lo dejó caer por su base sobre uno de los cangrejos. Se oyó un crujido, y el cangrejo movió espasmódicamente sus pinzas durante un momento. Luego quedó inmóvil.

Alentado por aquel éxito inicial, que había enfurecido a los demás animales, los cuales hacían chasquear nerviosamente sus pinzas, dejó caer el frasco sobre otro cangrejo, y después sobre otro, y, produciendo un movimiento de vaivén, despejó, bamboleando el recipiente, un espacio delante de la bañera, lo que al instante comprendió que no le favorecía, porque los cangrejos, avisados, se retiraban por propia iniciativa, de forma tal que, tras haber acabado con unos cuantos, no pudo alcanzar a ninguno más.

De pronto vio que, escalándolo por la parte de atrás, dos o tres cangrejos se sumergían en las profundidades del inodoro. ¿Estarían iniciando la retirada, si es que aquella había sido su vía de acceso?

Continuó a la expectativa, pero no vio que ningún otro crustáceo los siguiera. Sin duda se trataba de una avanzadilla exploratoria.

Decidió esperar el desarrollo de los acontecimientos. La marea que inundaba el suelo del cuarto de baño pareció aquietarse, y el ingente número de crustáceos parecía también a la expectativa.

De pronto, experimentó un agudísimo dolor en los dedos de los piés. Miró hacia abajo y comprobó aterrado que un cangrejo había hecho presa en su dedo meñique. Otros dos pequeños bichos, surgiendo por el agujero del desagüe, corrían hacia él.

Aterrado, comenzó a dar saltos en la bañera pretendiendo desasirse de las pinzas que aprisionaban su dedo y le causaban un dolor insufrible. Utilizando la esponja, empujó a los dos crustáceos fuera de la bañera, y, tomando el frasco de gel, lo dejó caer sobre el que había hecho presa en su dedo. Una vez despanzurrado, no por eso aflojó la presión de su pinza, y tuvo que ser él quien, a costa de ímprobos esfuerzos, se librara de la espantosa presión de aquellas duras y cortantes tenazas.

Rápidamente obturó el desagüe mediante el tapón, y después arrojó el cadáver del cangrejo sobre sus camaradas. Al asomarse al borde de la bañera advirtió que, haciendo uso de una nueva estrategia de ataque, los crustáceos intentaban introducirse en la pileta trepando sobre el cuerpo de los otros, que formando un montón, facilitaban así el ascenso a los que venían detrás.

No le fue difícil desmoronar aquella torre, pero desde entonces tuvo que permanecer atento porque, al menor descuido por su parte, volvían a intentarlo.

Al poco, se dio cuenta de que una gran quietud se extendía entre los cangrejos. Apenas si realizaban algún movimiento, y había cesado aquel incesante chasquear de sus pinzas: ni siquiera le miraban.

Retirados de la bañera, y agrupados cerca de la pared, parecían en actitud reflexiva. Hubiera jurado, incluso, que se comunicaban silenciosamente entre

ellos de la misma forma que un grupo de asaltantes, rechazados al primer intento, reagrupan sus fuerzas y trazan los planes de una nueva estrategia.

Aprovechando que la zona cercana a la puerta se hallaba momentáneamente despejada, no atreviéndose a poner el pie en el suelo, desenganchó las argollas que sujetaban una de las cortinas de plástico y, tomando la barra metálica, actuó a distancia sobre el picaporte de la puerta, que se fue abriendo poco a poco.

El suelo del pasillo era un hervidero de crustáceos, cuyos caparazones relucían reflejando la escasa luz procedente de la ventana del patio.

Durante un momento, aquella masa de cangrejos pareció vacilar, y, al segundo siguiente, echaron a correr en tropel. Con ayuda de la barra dio un fuerte empujón a la puerta, que volvió a cerrarse, y, a continuación, sintió el ruido producido por las patas de los animales al arañar furiosamente la madera.

Considerando lo absurdo de la situación, a punto estuvo de abandonar la bañera sin ningún tipo de precauciones, pero, finalmente, la prudencia le contuvo. Supuso que serían cerca de las once. Sentía dolorido el cuerpo, especialmente en las zonas en que se había golpeado al caer sobre la bañera, y los continuos estornudos eran la señal de que había atrapado un formidable catarro. ¿Como disculparse en la oficina por llegar con un retraso de dos horas? ¿Con qué cara iba a ser capaz de explicar el asunto de los cangrejos?

En aquel momento sonó el timbre y los cangrejos se inmovilizaron aún más. A continuación oyó que se cerraba la puerta de entrada. La mujer de la limpieza acostumbraba a llamar antes por si él se encontraba en la casa, a pesar de que disponía de una llave propia. «¡Brígida!», exclamó con toda la fuerza de sus pulmones. Tras unos instantes de silencio, oyó la voz de la asistenta. «¿Señor?», dijo, todavía desde el ves-

tíbulo. «¡Brígida!», gritó nuevamente sin saber qué añadir a continuación.

La imaginó despojándose parsimoniosamente de su abrigo y depositando en una silla del recibidor las eternas bolsas de plástico que siempre llevaba consigo. A continuación oyó sus pasos bajando los dos escalones que conducían al salón, y permaneció atento al menor ruido. «¿Está usted ahí, señor?», decía mientras se aproximaba al cuarto de baño. El contuvo la respiración extrañado de no oír el crujir de caparazones bajo el considerable peso de su asistenta.

Un momento antes de que Brígida alcanzara la puerta del baño, percibió una ligera exclamación de sorpresa, y, acto seguido, una frase pronunciada en voz baja llegó hasta él a través de la puerta cerrada. «¿Qué es esto?», se preguntó la mujer. «Pero...», comenzó a decir.

Un alarido formidable surgió de la garganta de Brígida, y su exclamación se confundió con el rumor de cientos de patas que corrían a su encuentro. La mujer dio dos o tres pasos quejándose lastimeramente, y a continuación pareció que se derrumbaba muy cerca de la puerta del cuarto de baño. Los cangrejos, agrupados junto a la pared de baldosines, se removieron inquietos y clavaron en él sus ojos como pequeños y diminutos botones negros.

«¡Jesús!», suspiró la asistenta con voz ahogada. Después lanzó varios gritos desgarradores y no se volvió a oír más que el rumor de cientos de patas y el chasquido de sus pinzas. A los pocos minutos un hilillo de sangre se coló por debajo de la puerta.

Un crujido, una serie de crujidos simultáneos, comenzaron a llegar desde el pasillo. Era como si un gran número de tijeras se desplazara sobre una pieza de tela gruesa deshaciéndola en fragmentos. El flujo de sangre continuó derramándose sobre los baldosines del cuarto de baño, y algunos de los cangrejos se excitaron al sentirse bañados en él; movieron sus patitas e hicieron crujir sus pinzas en inquietante aplauso. Por toda la casa se extendió un nauseabundo

olor a vísceras calientes expuestas al aire, y los crujidos procedentes del pasillo continuaron incesantes y monótonos.

Cuando la fetidez inundó el cuarto de baño, la masa de cangrejos se removió inquieta y algunos de los animales alzaron las pinzas haciéndolas oscilar a derecha e izquierda como estimulados por el olor de la carne. Después, se fueron desplegando, y abandonando el montón en el que desde hacía rato se habían constituido, ocuparon toda la superficie de baldosas hasta el borde mismo de la bañera.

Con ayuda de la barra de la cortina, fue abriendo poco a poco la puerta mientras los crustáceos situados junto a ella se dejaban arrastrar remolonamente. Muy cerca del marco pudo ver un bulto informe en el suelo. Sobre él deambulaban inquietos centenares de cangrejos que continuaban atentos su tarea de despedazamiento. Un grito de horror escapó de sus labios y un sentimiento de náusea invadió su garganta cuando vio a lo que había quedado reducida la asistenta.

Empujando la puerta con la barra metálica, consiguió cerrarla otra vez temiendo la invasión de los crustáceos que, al parecer, habían ocupado toda la casa. Se acurrucó en un extremo de la bañera y a punto estuvo de prorrumpir en amargas lágrimas de impotencia.

Algunos minutos más tarde, se aquietó la actividad del pasillo, y el incesante rumor, el constante cortar y machacar, fue sustituido por el significativo silencio que suele suceder a los almuerzos copiosos. Mientras tanto, los cangrejos, uno a uno, como si calcularan perfectamente el peso que podía resistir, comenzaron a trepar por una de las toallas de baño, y, caminando por el filo del lavabo, pretendían aproximarse a la bañera.

Tomando la ducha de mano, intentó rechazarlos de igual modo que se hace con un grupo de manifestantes, cosa que no resultó difícil; pero, al efectuar aquella maniobra, la toalla de baño, por donde los cangre-

jos ascendían, quedó completamente empapada, lo que unido a la equilibrada posición en que se encontraba, contribuyó a aumentar la solidez y estabilidad de aquella improvisada escala.

Al mismo tiempo, simultaneando el ataque por aquel frente, los crustáceos formaron una torre junto a la puerta, y así, unos sobre otros, se constituyeron en un montículo por el que otros congéneres trepaban ágilmente con la intención de deslizarse dentro de la bañera.

Teniendo que atender a dos frentes a la vez, la situación se hizo más difícil, aunque todavía sostenible. Los cangrejos parecían dotados de un irracional e ilimitado valor sin que la destrucción de algunos de sus compañeros les arredrara en absoluto. Todo lo que deseaban, a juzgar por su contumacia ciega era apresar y desgarrar la carne humana con sus fuertes pinzas.

Poco más tarde, algunos crustáceos, cuyo número parecía no disminuir, cayeron dentro de la bañera e intentaron hacer presa en sus pies.

Rechazándolos como pudo, comprendió que la defensa en aquel reducto no podría ser sostenida durante mucho tiempo. A pesar de su aparente lentitud, los cangrejos afluían en tal número, que superaban con mucho su capacidad de movimientos.

Sin dejar de rociar con el agua a presión a los invasores, abrió como pudo la puerta con ayuda de la barra: cientos y cientos de cangrejos reposaban sobre el suelo del pasillo y sobre los restos descarnados de lo que había sido Brígida. Parecían encontrarse en una especie de letargo posterior al inmundo festín, y mientras se defendía de los más próximos, consideró la posibilidad de salir corriendo aprovechando aquella circunstancia y abandonar la casa.

Algunos de los más feroces habían entrado ya en la bañera e intentaban aferrarse a los dedos de sus pies. Soltó la ducha ciego de ira y de terror, y puso los pies sobre los resbaladizos caparazones de los crustáceos, que ocultaban el suelo del cuarto de baño. Al ins-

tante, decenas de fuertes pinzas se incrustaron en su carne y experimentó dolores agudísimos.

A grandes zancadas salió al pasillo advirtiendo que el peso de sus pies aumentaba considerablemente debido a la cantidad de cangrejos que, como imperdibles, traspasaban su carne. Al pisar los caparazones de los durmientes, todo el suelo se convirtió en un hervidero.

Saltando sobre los restos de Brígida, se encaminó hacia la salida aullando de dolor y sintiéndose cada vez menos ágil.

Al llegar al vestíbulo comprendió que por allí nunca conseguiría abandonar la casa. Cientos, miles de crustáceos se amontonaban sobre el piso del vestíbulo formando una infranqueable muralla, por lo que, cada vez más lentamente, corrió hacia el dormitorio y se encerró en él. Milagrosamente, el suelo de la alcoba se hallaba completamente despejado de animales.

Agachándose, y dando gracias por hallarse momentáneamente a salvo, se arrancó los cangrejos de sus pies y de sus pantorrillas llevándose con ellos fragmentos de tejido. Al cabo de cinco minutos había conseguido desprenderse de todos los bichos, y a causa de la excitación de que era presa, no experimentaba ningún dolor pese a tener los pies y las piernas destrozados.

No bien hubo finalizado su tarea, se oyeron crujidos en la parte baja de la puerta. Poco después la madera más próxima al suelo comenzó a partirse y a desmigajarse: innumerables pinzas socavaban los bajos de la puerta.

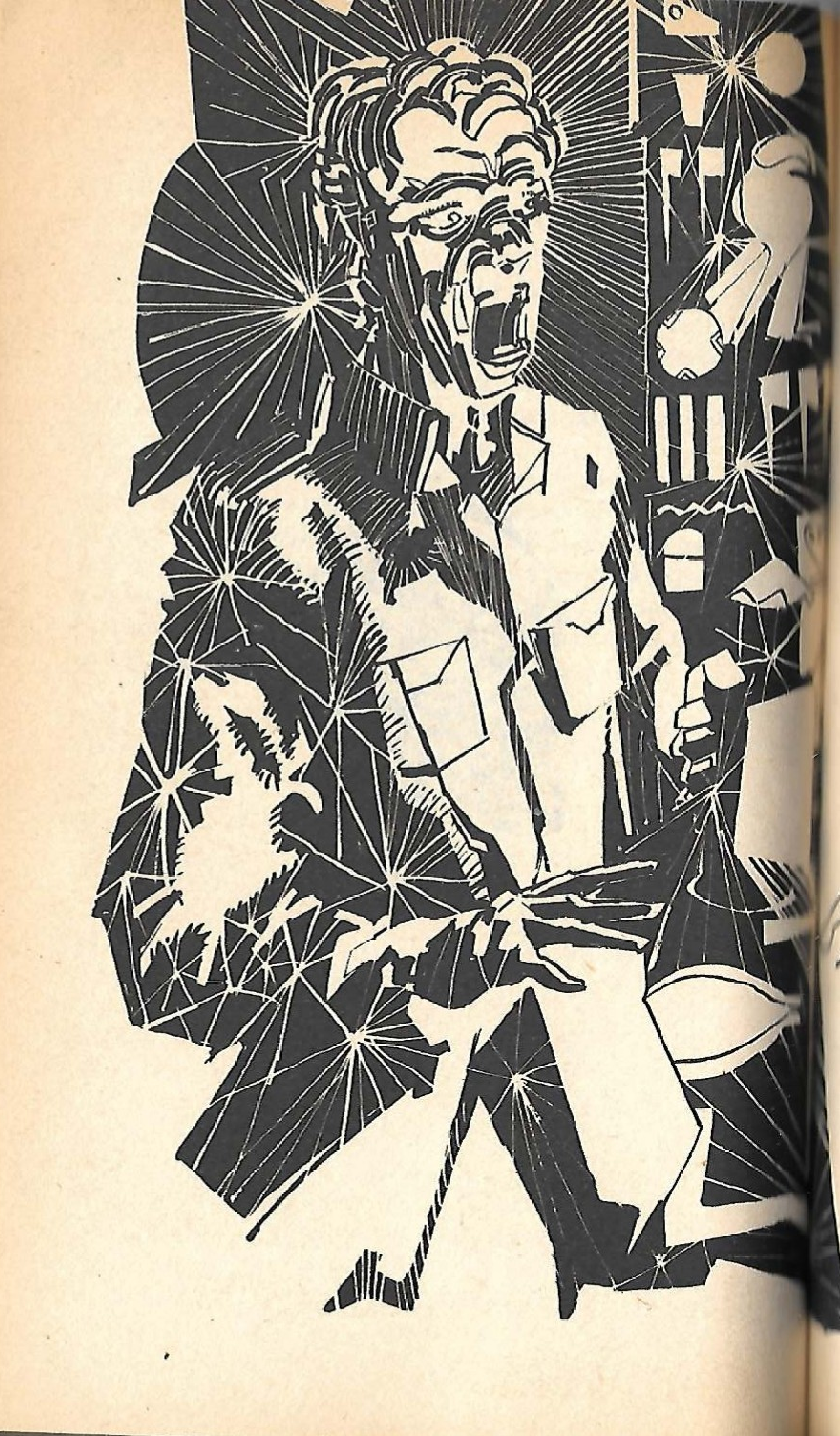
Ciego de terror, fue retrocediendo hasta encontrarse a la altura del lecho. Desde allí contempló cómo la madera cedía y, finalmente, una inmensa riada de cangrejos invadió el dormitorio encaminándose con determinación hacia donde él se encontraba; y el empavorecido habitante de aquella casa, al no encontrar otra escapatoria que la ventana de un onceavo piso, saltó sobre la cama y se sumergió en

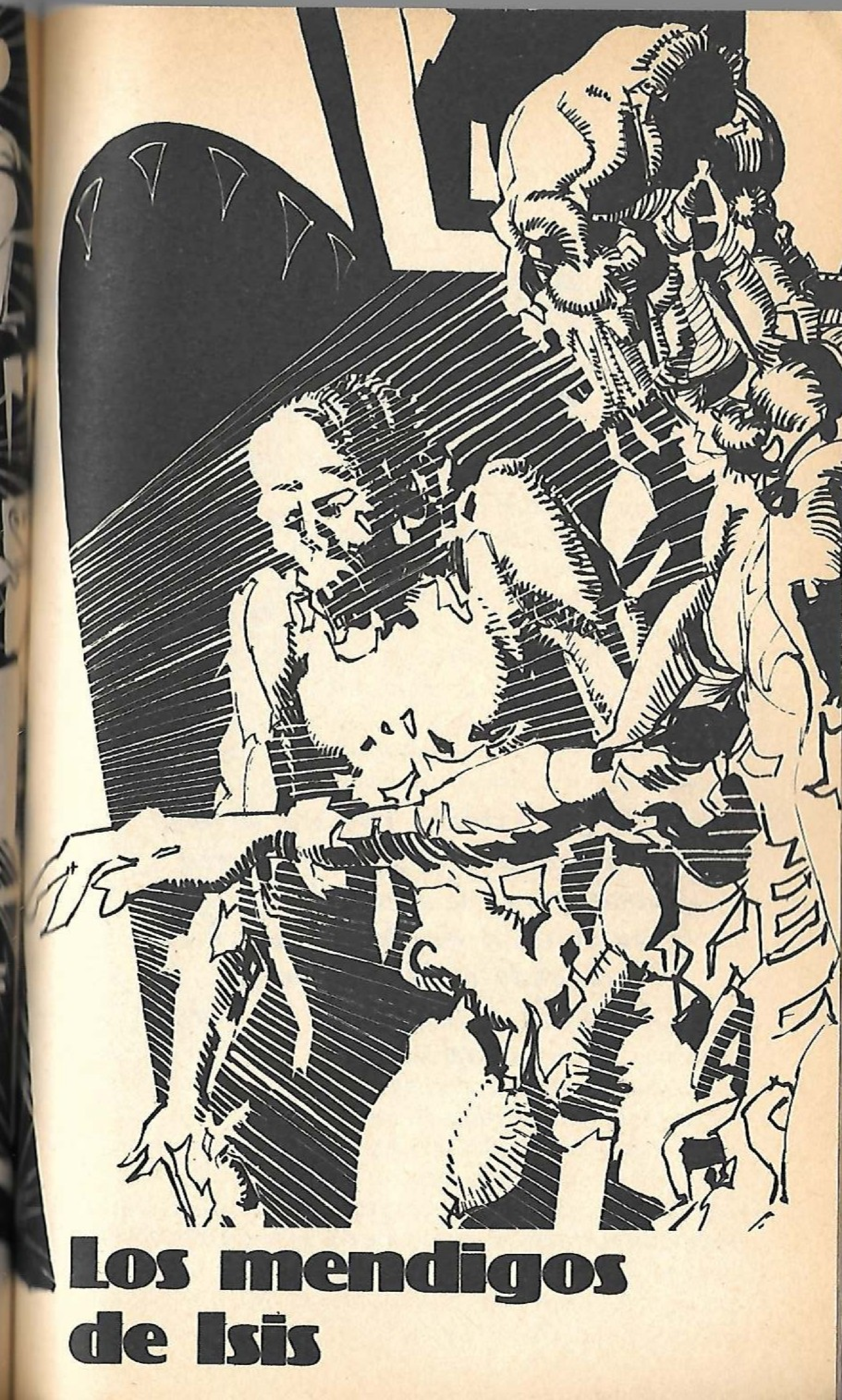
ella cubriéndose con las mantas. Al instante se sintió presa de cientos de fuertes garfios, y su cuerpo, en vez de reposar sobre las blandas sábanas, se estremeció al contacto con los ásperos caparazones de los cangrejos que se habían refugiado, esperándole pacientemente, en el interior del lecho.

Tras unos instantes de forcejeo, se sintió completamente inmovilizado. La interminable procesión de animalillos llegó hasta el pie de la cama, y trepando por las patas torneadas, se abalanzó sobre el infeliz que yacía desnudo y apresado.

Pocas horas más tarde, un esqueleto humano, casi completamente limpio, podía contemplarse sobre las sábanas empapadas en sangre. En el suelo del pasillo, una segunda osamenta yacía en una forzada posición, y sobre las baldosas del cuarto de baño, algunos otros pequeños y aplastados cadáveres completaban el insólito cuadro.







Los mendigos de Isis

Los mendigos de Isis

Bruce G. Bancroft

¿Qué extraño rito era el que impulsaba a aquella caterva hambrienta, de ojos enloquecidos y ausentes, a desfilar al anochecer, entonando olvidados cantos a los sones del sistro, hacia las ruinas del templo?



NOCHE he vuelto a oír el sonido del sistro. Alguien lo agitaba cadenciosamente desde la oscuridad, pero en cuanto encendí la luz y miré en derredor la vibración cesó y no pude ver a nadie. Me desperté creyendo que cerca de la cama había una serpiente que sacudía los anillos de su cola. En seguida me pareció que aquel tintinear metálico era producido por el entrechocar de las ajorcas presas en la garganta del pie de una bailarina sagrada. Pero unos segundos antes de que mis dedos oprimieran el pulsador de la luz comprendí que lo que llegaba a mis oídos era el sonido del sistro. Me levanté estremeciéndome de frío y, abandonando el dormitorio, pasé a la saleta inmediata. Sobre el tablero de la mesa reposaban las innumerables piezas del mosaico tal y como las había dejado antes de que el sueño me rindiera. Sé que si algún día logro recomponer la figura oculta y diseminada entre los incontables pedazos alcanzaré la paz que me fue arrebatada en las riberas del gran río, junto a las ruinas de Dar-el-Sakar.

* * *

Unos instantes antes de que el sol saliera abandoné las últimas chozas del poblado y, conduciendo el jeep por el sendero arenoso, me dirigí hacia las ruinas. A mi derecha se extendía el desierto, cuyas arenas se ondulaban como un aquietado mar. Medio kilómetro a la izquierda fluían perezosamente las aguas del río, y la vereda, zigzagueante y dubitativa, se aproximaba unas veces a los linderos del desierto y otras se dirigía rectamente hacia la orilla del Nilo, vacilando entre la sed abrasadora y la saciedad más absoluta. Mientras conducía a velocidad moderada sentí que mi alma, a semejanza del sendero, se hallaba también inmersa en un movimiento pendular, fluctuante entre la aridez de la razón y el desbordamiento del instinto.

Finalmente, el desierto y el río fueron aproximándose el uno al otro, y cuando solamente los separaba la línea del camino divisé en la lejanía las ruinas del templo de Dar-el-Sakar.

Abandoné el vehículo un centenar de metros antes de llegar y recorrí el resto del camino a pie, temeroso de que el ruido del motor ahogara el crepitar de la roca. Salió el sol y una suave brisa recorrió la llanura de Este a Oeste. Los rayos del astro rey comenzaron a caldear la gélida atmósfera, y la brusca transición desde el frío nocturno a la tibieza del amanecer hizo que las estatuas se quejasen rechinando sus dientes de roca.

Los campesinos de la aldea dicen que los inmensos colosos cantan al anochecer y al alba, y aunque los arqueólogos explican ese continuo crepitar como un sufrimiento de la roca, que acabará un día reduciéndose a montones de arena a causa de los cambios bruscos de temperatura, a mí me pareció que las hieráticas imágenes se quejaban emitiendo crujidos cortantes como suspiros de reseca roca.

Entonces los mendigos fueron despertándose y, recogiendo sus harapientas pertenencias, formaron una silenciosa procesión que se alejaba camino de los suburbios de El Cairo, donde reclamarían con un silen-

cioso gesto una limosna de los viandantes que les permitiera subsistir un día más.

Situándome a la vera de aquel silente desfile, cuyos componentes ni siquiera reparaban en mi presencia, escruté cuidadosamente la faz de todos los mendigos, tratando de localizar a Adriano, pero, a pesar de que su rostro permanecía grabado en mi imaginación, temí que la miseria y el lamentable aspecto a que aquellos hombres habían llegado me impidieran reconocer a mi cuñado.

Cuando la correspondencia comenzó a escasear y las llamadas telefónicas se interrumpieron, mi hermana empezó a preocuparse por la situación de su marido. Los celos iniciales hacia alguna desconocida aspirante a su corazón dejaron paso a una inquietud por su estado de salud y por su situación mental. Sus cartas, además de escasas, resultaban incoherentes y fragmentadas, propias de un hombre que se encuentra en los linderos de la perturbación mental. Finalmente, la correspondencia se interrumpió, y aunque ella intentó procurarse noticias a través del consulado y del Bureau des Recherches Archeologiques solamente recibió respuestas evasivas o medias palabras que la intranquilizaron más que una contestación cruda, pero sincera. Y temiendo por la seguridad de su esposo me rogó que viajara hasta la capital egipcia a interesarme personalmente por la situación de Adriano.

Ante la fundada inquietud de mi hermana tomé un avión que, tras hacer escala en Atenas, donde me avino una singular aventura que narraré en otra ocasión, me condujo a El Cairo.

Sin pérdida de tiempo me personé en el consulado, donde me dieron noticias inconcretas y me aconsejaron que me dirigiese a las Oficinas de las Excavaciones Arqueológicas. Allí me topé con otro muro de silencio y, pese a que una secretaria dejó escapar algo acerca de «los mendigos de Isis», no pude obtener otra información, por lo que, juzgando que lo más acertado era investigar por mi cuenta, abandoné la

capital y me instalé en una aldea cercana a Dar-el-Sakar, donde debería hallarse el cuartel general de las excavaciones de aquella zona.

Aunque a pocos kilómetros de los suburbios de la capital, las gentes de aquella aldea, campesinos en su mayoría, continuaban viviendo de un modo arcaico y tradicional, y gracias a las crecidas del río, antiquísimo padre de la zona, y a los trabajos de excavación, subsistían sin necesidad de otro tipo de recursos.

Apenas puse el pie en la aldea y con la ayuda de un comerciante, con el que me entendía en francés, me enteré de que Adriano formaba ya parte del inmenso grupo de pordioseros conocido como «los mendigos de Isis». Pregunté dónde podía localizarlos y el comerciante, hombre positivista al fin y al cabo, me respondió que, aunque él no creía en tales patrañas, no se me ocurriera acercarme de noche a las ruinas de Dar-el-Sakar, lugar donde presumiblemente se hallaba mi cuñado, y me explicó que los mendigos de Isis formaban una especie de secta y que, de algún modo, se creían iniciados y en contacto con los misterios del antiguo Egipto.

Ahora, cuando la inmensa procesión desfilaba ante mí, aunque sin reparar en mi presencia, mis ojos recorrían las demacradas faces de los pordioseros tratando de localizar a Adriano, pero el elevado número de mendigos me hizo temer que tardaría algún día más en dar con él.

En efecto, cuando los últimos componentes de aquella lamentable cofradía desaparecieron camino de los suburbios de El Cairo, adonde no llegarían hasta pasado el mediodía, permanecí sólo en las ruinas del templo hasta que las estatuas dejaron de quejarse y el sol iluminó por completo el paisaje.

Como no era cosa de esperar hasta el anochecer, momento en que la procesión iría convergiendo de nuevo en aquel lugar, hice un recorrido turístico por los restos de las edificaciones y, volviendo hasta el jeep, regresé a la aldea.

Aquella noche, en la habitación del modesto hotel donde trataba de conciliar el sueño, oí por primera vez el batir del sistro.

Tras dos horas de removerme en el lecho, privado de la tranquilidad ante la situación en que se encontraba mi cuñado, caí en un pesado sopor del que vino a sacarme un rítmico cascabeleo que en mis sueños tomé por el sonido que producen los anillos de ciertas serpientes. Pocos minutos después el metálico son recomenzó, y esta vez imaginé que era producido por el entrechocar de las ajorcas prisioneras en la garganta del pie de una bailarina sagrada.

A la mañana siguiente narré al comerciante lo sucedido, el cual, a pesar de su sentido práctico, adoptó una expresión de intranquilidad y entrando en su trastienda reapareció a los pocos instantes agitando un instrumento que producía el mismo sonido que yo había percibido durante la noche. Se trataba de un sistro, antiquísimo instrumento de percusión empleado ya por los antiguos egipcios en sus ceremonias religiosas.

Como yo afirmara que, en efecto, se trataba de un sonido idéntico, mi intérprete me aconsejó que lo más sensato era que abandonara la búsqueda de mi cuñado, que ya había caído en poder de aquella secta, y que regresara a mi país. Al parecer, en mi caso no era suficiente que me mantuviera alejado por las noches de las ruinas de Dar-el-Sakar, porque las fuerzas de la antigüedad, en las que, según confesión propia, no creía, deseaban tomar contacto conmigo a toda costa y se atrevían incluso a rondar mi aposento.

Sus palabras, debo confesarlo, hicieron mella en mi ánimo, y antes de que el sol iniciara el descenso que había de sumergirlo hasta el día siguiente en el transitorio sueño de la muerte, tomé el vehículo que había alquilado y me trasladé hasta las proximidades de Dar-el-Sakar.

Al filo del crepúsculo fueron llegando las avanzadas de la procesión de mendigos, pero, debido al semejante aspecto de muchos de ellos y a lo avanzado

de la hora, desesperé de hallar a mi cuñado entre los grupos. Me dirigí a algunos en solicitud de información, pero nadie pareció entender el sentido de mis preguntas y se limitaron a extender la mano en demanda de una limosna. Había entre ellos representantes de diferentes razas y países, y, a pesar de lo desfigurado de sus rostros, podían adivinarse todavía sus distintas procedencias. La mayoría eran europeos o americanos. No vi más que uno o dos de rasgos orientales, y desde luego podría asegurar que ningún natural del país se encontraba entre ellos.

En parte por lo inútil de mi búsqueda durante aquella noche, y en parte por los consejos del comerciante, abandoné las proximidades de Dar-el-Sakar cuando ya el sol se hundía en las aguas del padre Nilo, y acuciado, temeroso, diría, por la inminente salida del astro en el que se encarnaba Isis, hundí el pie en el acelerador y rodé por aquel abrupto sendero a más velocidad de la que lo accidentado del suelo hacía aconsejable.

En el bar del pueblo algunos vecinos del lugar jugaban a las cartas en unas mesas situadas a cielo raso, y unos chiquillos alborotaban en la cercana plaza. Una vez que conseguí alejarlos, como todas las tardes, merced al reparto de algunas monedas, me senté en una de las mesas y solicité del camarero, que era el dueño del local al mismo tiempo, que me sirviera un refresco. Algunos de los jugadores de naipes me miraron distraídamente, y uno de los que no participaban en el juego se acercó donde yo me encontraba y me saludó en una mezcla de inglés y francés, jerga aprendida sin duda mientras trabajaba de peón en las excavaciones patrocinadas por científicos de diversas nacionalidades.

Suponiendo que deseaba que le invitara, así lo hice, aprovechando la ocasión para obtener alguna información acerca de los mendigos de Isis y, circunstancialmente, de mi cuñado. Pero apenas había iniciado la dificultosa conversación y mencionado el tema que me interesaba, cuando la faz del lugareño

se alteró y, diciendo algo en árabe que no comprendí, señaló la luna con los ojos y se retiró sin consumir la bebida a la que le había invitado.

Aquella noche tuve un sueño intranquilo y colmado de pesadillas. Alguien a quien la oscuridad me impedía ver agitaba el sistro desde uno de los rincones de mi habitación. El suelo estaba cubierto de serpientes que se retorcían atormentadamente, y muy lejos creí percibir las evoluciones de una bailarina sagrada. De pronto, superponiéndose al sonido del sistro, un murmullo fue elevándose desde algún lugar subterráneo. Una monótona melopea pronunciada por gargantas condenadas por siempre a la desesperación. Presté atención a las palabras cansinamente pronunciadas y escuché, dentro de lo que era posible comprender, la siguiente retahíla:

«No cometí ningún fraude contra los hombres, no atormenté a la viuda, no mentí ante el tribunal, no conozco la mala fe, no hice nada prohibido..., no hice padecer hambre, no hice llorar, no maté, no ordené la traición, no sustraje los panes de los templos, no robé las tortas de ofrendas a los dioses..., no alteré las medidas de los cereales, no usurpé en los campos..., no cacé con red las aves divinas, no pesqué los peces sagrados de sus estanques... ¡Soy puro, soy puro, soy puro!...»

Al despertarme comprendí que aquello que había llegado a mis oídos durante la noche era un fragmento del Libro de los Muertos.

Rápidamente, después de tomar un endiablado té en el bar de la fonda, me dirigí hacia las ruinas de Dar-el-Sakar. El sol ya había salido y la procesión de mendigos comenzaba a abandonar las proximidades del templo.

Situándome en un recodo del camino, desde donde podía contemplar el paso de aquellos desgraciados sin ser visto por ellos, me dediqué a la ardua tarea de intentar localizar a mi cuñado.

En más de una ocasión abandoné momentáneamente mi refugio, creyendo haberle reconocido,

pero, tras avanzar unos pasos en dirección a uno de aquellos hombres, volvía a mi primitiva posición decepcionado por el error.

Finalmente le vi. Caminaba torpemente a causa de una dificultad que parecía sufrir en una de sus piernas. Su larga barba y su descuidado cabello ocultaban la casi totalidad de su rostro, y su cuerpo estaba cubierto por mugrientos harapos. Al hombro portaba una especie de bolsa o zurrón y colgado de ésta por medio de un cordel una escudilla metálica.

Al contemplar su aspecto se me saltaron las lágrimas y no pude evitar lanzarme al camino llamándole a gritos.

Cuando oyó pronunciar su nombre quedó suspenso unos momentos, pero después de mirarme brevemente reanudó la marcha. Yo me situé a su lado y repetí su nombre varias veces, así como también el mío y el de su esposa. Al escuchar el nombre de Mercedes una breve luz, que sólo duró un instante, iluminó sus ojos. Se dirigió hacia mí y cuando ya creía que extendía sus manos para darme un abrazo, sus palmas se abrieron suplicantes y solicitó de mi generosidad una limosna.

Como yo permaneciera perplejo y entristecido, él, sin dar muestras de saber quién era, y con la resignación de quien está acostumbrado a presentar su mano para recogerla vacía la mayor parte de las veces, continuó andando cansinamente y se perdió entre la multitud de pordioseros.

Comprendí que sería inútil seguirle, y víctima del desconsuelo, me di cuenta de que su alma ya no le pertenecía. La había ofrendado, como toda aquella legión de desgraciados, a algún demonio de la antigüedad.

Decidido a descubrir el secreto que de aquella forma se apoderaba del espíritu de multitud de hombres, entre los que se contaba Adriano, fragüé un plan que seguramente me permitiría acceder al conocimiento del misterio sin ser subyugado por él, y dispuesto a llevarlo a cabo lo más pronto posible me

puse en contacto con mi amigo el comerciante, que, tras unas vacilaciones iniciales, se decidió a ayudarme, siempre que yo le exonerara de cualquier responsabilidad que de lo arriesgado del proyecto pudiera deducirse.

Así pues, antes del anochecer, y cuando ya los mendigos habían regresado y se aprestaban a pasar la noche muy cerca de las ruinas del templo, a la espera de quién sabe qué misterio, el comerciante y yo, ocultos por unas lomas, nos fuimos aproximando a aquel lugar, y llegados a un punto desde donde podía contemplarse a placer el antiguo santuario, le rogué que me atara fuertemente al tronco de una de las palmeras que allí había.

En efecto, utilizando la cuerda que me había procurado a tal propósito, mi amigo fue ligando cuidadosamente mis miembros y mi cuerpo de manera tal que, al cabo de un buen rato, no me era posible moverme ni en modo alguno desatarme. Después, y deseándome suerte con lúgubre acento, partió presuroso, pues ya se había puesto el sol y la luna se anunciaba en el horizonte por medio de un tenue resplandor.

De aquella guisa, voluntariamente prisionero, permanecí durante varias horas, y ni por un momento se me pasó por la imaginación que la situación en que me hallaba me impediría huir en el caso de que fuera necesaria una veloz retirada. No sé por qué tenía la certeza de que, al igual que aquel héroe de la antigüedad griega, sólo necesitaría protegerme de mí mismo e impedirme avanzar ciegamente hacia lo que con toda seguridad podría ser mi perdición.

A eso de las dos de la madrugada, cuando la luna se encontraba en el cenit, comencé a oír un murmullo procedente de los yacientes mendigos, que, convocados por algo que de momento no pude percibir, abandonaron sus miserables yacijas y se aproximaron a cierta zona de las ruinas.

El desmayado resplandor lunar se hizo más fuerte y sus rayos bañaron la llanura con tal intensidad que

creí que algún fenómeno cósmico de naturaleza desconocida iba a tener lugar dentro de algunos instantes.

El murmullo fue cediendo el paso a un general quejido, que igual que una plegaria suplicante se elevó desde los cientos de gargantas hacia el astro nocturno, en el que parecía reunirse todo el amor y todo el horror del mundo.

De pronto se escuchó un ruido subterráneo semejante al que se produce con ocasión de un seísmo y a continuación se hizo un silencio absoluto.

Muy poco a poco, emergiendo de las profundidades de la tierra, comenzó a escucharse un cascabeleo metálico que no me era desconocido. El sonido del sistro se fue haciendo más nítido y sentí que al conjuro de aquella vibración se helaba la sangre en mis venas.

Surgiendo como sombras demoníacas por una de las puertas que yo sabía pertenecía a una cámara ruinosa sin más salida que aquélla, aparecieron cuatro siluetas que al instante identifiqué como sacerdotes del antiguo Egipto debido a los atuendos con que se ataviaban.

A la vista de aquellos misteriosos personajes la masa de mendigos retrocedió ligeramente. No obstante, al hacerse más claro y argentino el sonido del sistro que alguien agitaba al aproximarse a la superficie, todos ellos volvieron a sus posiciones primitivas. De sus gargantas volvió a elevarse el agónico quejido que fue transformándose en un suspirar anhelante, mientras el agitarse del sistro se oía tan cerca que me zumbaban los oídos a pesar de que me encontraba a una distancia respetable de las ruinas.

En aquel momento surgió a la superficie la hija de Isis.

Apareció hierática en la puerta de la cámara. La luz de la luna la envolvía en un halo al incidir sobre los sutiles velos con que cubría su cuerpo. Sus ojos, perfilados con negrísimo khol, destelleaban en la semipenumbra en que los sumía su peluca de azabache.

Sus labios, ligeramente entreabiertos, eran una ardiente invitación al amor más desesperado. Sus breves senos se adivinaban bajo la gasa transparente que caía en pliegues inundando sus muslos. Sus pies desnudos eran como dos palomas en tierra blanqueados por el resplandor lunar. Uno de sus brazos se desmayaba lánguido a lo largo de su cuerpo y el otro, doblado en ángulo recto, adoptaba una postura ceremonial. El metálico sistro temblaba en su mano de nácar, y al agitarse era como si ríos de plata inundaran la noche.

La hija de la luna dio un paso hacia delante y sus ojos negrísimos se clavaron en la multitud de aquellos que por ser sus esclavos habían adoptado la condición de mendigos para el resto de sus vidas. Parecía buscar a alguien. Seguramente al afortunado que aquella noche, que no se producía sino de tarde en tarde, obtendría de ella la recompensa a su renuncia.

De los pechos de todos los mendigos surgió un quejido y la mayoría de ellos elevó sus manos de forma suplicante, deseando ser el elegido, pero la misteriosa mujer, dejando resbalar su mirada sin posarla en ninguno de los que le rogaban, alzó ligeramente su rostro y miró hacia donde yo me encontraba, y acto seguido me señaló con el sistro queriendo significar que yo era el escogido.

Todos los rostros se volvieron hacia mí, que, presa de un furor ciego, me retorcí las manos intentando desatar las ligaduras que me ataban a la palmera. Forcejeé durante largo rato, pero mis instrucciones habían sido tan fielmente cumplidas que no puede librarme de las ataduras. Me desesperé, gemí, supliqué que me desataran, y de mis muñecas brotó la sangre al contacto con la áspera fibra de esparto que las ceñía. Finalmente lloré consternado por no poder acudir a la llamada de aquella que ya se había convertido en mi dueña, la cual, viendo la voluntaria situación en que me hallaba y las precauciones que había adoptado para no entregarme a su dominio, me lanzó una

mirada satánica y, abandonando las ruinas del peristilo, se sumergió en las sombras acompañada por los sacerdotes que le habían servido de escolta.

Tras unos instantes de silencio comprendí que mi situación era crítica. Los mendigos de Isis, brutalmente contrariados por la elección de su señora, la cual me había preferido sobre ellos, furiosos además porque mi obligada renuncia había provocado la ira de la aparición y su posterior desvanecimiento en las profundidades de la tierra, comenzaron a avanzar amenazadoramente hacia donde yo me encontraba. Me rodearon formando un círculo y me miraron con rencor.

Entre ellos descubrí a mi cuñado, en cuyos ojos brillaba el odio más terrible. Separándose de sus congéneres se fue acercando hasta donde me encontraba, y de súbito se lanzó sobre mí golpeándome salvajemente. Unos cuantos más siguieron su ejemplo y fui sometido a una paliza feroz, sin que pudiera defenderme en modo alguno. Creo que solamente debo agradecer el estar todavía con vida a las escasas fuerzas de los debilitados pordioseros.

Al cabo, dejándome por muerto, emprendieron su peregrinación hacia los suburbios de El Cairo cuando ya el sol apuntaba en el horizonte.

En aquel lamentable estado me encontró mi amigo el comerciante, al que debo agradecer la posterior recuperación de las heridas que cubrían mi cuerpo, aunque nada pudo hacer por la honda llaga que desde aquella noche lacera mi alma.

Al cabo de una semana, ya convenientemente recuperado, me propuse hacer una visita a las ruinas de Dar-el-Sakar en busca de quien desde aquella noche se había apoderado de mi ser, y a fin de preservar mi integridad decidí que me acercaría al antiguo templo al amparo de la luz del día.

Puse en conocimiento de mi amigo el comerciante mi intención, y él, temeroso de que hubiera perdido el juicio y extrañado de que todavía no me hubiera

unido a la miserable cofradía de mendigos, me advirtió que si la permanencia en las proximidades de Dar-el-Sakar era peligrosa durante la noche, la detallada visita a los subterráneos del templo, pues tal era mi propósito, no era menos arriesgada. Afirmó también que la noche es maestra en engaños subyugantes y que la luz del día puede hacernos descubrir la verdad de los hechos, que frecuentemente es más amarga y menos amable que la ilusión que las sombras nos han proporcionado. A pesar de todo lo cual, tomando el jeep me dirigí hacia Dar-el-Sakar.

El río y el desierto, apenas separados por la estrecha franja del camino polvoriento, eran como las dos vertientes de lo que en adelante iba a ser mi vida: un vaivén constante entre la amargura y la aridez más extremas, y la más completa saciedad lograda al evocar el recuerdo de aquella que ya se había convertido en mi dueña.

Una vez en las ruinas, y habiéndome cerciorado de que estaba solo, me aproximé con cierto temor a la puerta por donde había visto surgir y posteriormente desaparecer al misterioso cortejo. Tras el dintel no había sino una cámara ruinosa que recorrí rápidamente, permaneciendo confuso al comprobar que nada daba indicios de que tras aquellos muros hubiera algo más que arena. Pero cuando ya comenzaba a desesperar me di cuenta de que uno de los grandes bloques de piedra que constituían los muros parecía haber sido removido. Acercándome a él lo empujé suavemente, y cuál no sería mi sorpresa cuando, sin mayor esfuerzo por mi parte, cedió a la leve presión de mi mano, abriéndome paso hacia una galería subterránea.

Sin vacilar, atravesé aquella improvisada puerta y me hallé en un oscuro corredor, cuyo fondo no me era posible vislumbrar. Avancé por él a tientas hasta que, comprendiendo que no me sería posible continuar la exploración a oscuras, decidí regresar al coche, de donde regresé con una linterna.

Al transponer la puerta situada al fondo del pasillo

ingresé en una nueva cámara que no parecía haber sido violada jamás por los ladrones de tumbas, puesto que estaba repleta de objetos funerarios de gran valor y sus paredes aparecían adornadas con pinturas y jeroglíficos cuyo desciframiento me fue imposible llevar a cabo a pesar de poseer una rudimentaria idea de aquel tipo de escritura.

Atravesé una nueva puerta, y un nuevo corredor, esta vez de suelo mucho más inclinado, me condujo a un nuevo aposento.

Al iluminar la oscurísima estancia un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Cuatro túmulos flanqueaban las cuatro esquinas de aquella que sin duda era una cámara funeraria, y en el centro de la sala se elevaba un quinto sarcófago, mucho más rico que los cuatro que lo rodeaban.

Sin pensar que en cualquier momento podía levantarse la tapa de los ataúdes en los que con toda certeza yacían los cuatro sacerdotes que aquella noche me fue dado contemplar, me aproximé al féretro central y en aquel momento una fiebre de anhelo y de deseo hizo temblar todo mi ser. Allí debía de yacer la espantable y a la vez hermosísima hija de Isis. Tenía que estar tan sólo adormecida y quizá esperando mi visita, puesto que mi humilde persona había sido elegida por ella para brindarme su amor más allá de lo humano.

Tanteé con las manos el borde de la tapadera del sarcófago y, desplegando toda la fuerza de que era capaz, la levanté lentamente a causa de su gran peso. Apenas se había abierto una rendija sentí que me abandonaban las fuerzas. Oí el sonido del crótalo. Pero sacando fuerzas de flaqueza continué levantando la tapa del sarcófago, la cual, resbalando aparatosamente, vino a caer en tierra con gran estrépito, derribando la linterna que iluminó torvamente uno de los cuatro túmulos que rodeaban a aquel que yo acababa de violar.

Muerto de terror y de esperanza, aturdido mi ser por el metálico sonido del sistro, me incorporé por-

tando la linterna y lancé su haz de luz sobre el interior del ataúd.

Un grito horrísono se escapó de mi garganta al ver lo que aquel sarcófago contenía.

En el fondo del féretro, yaciendo sobre una cama de sinuosas serpientes que se agitaban amenazadoras, contemplé la momia más horrible que a ojos humanos le haya sido dado ver. Su rostro estaba terriblemente descompuesto y sus miembros retorcidos, como si la muerte hubiera sorprendido a aquel ser nauseabundo en una temblorosa convulsión. Su vientre y su pecho se hallaban vacíos y hundidos, y con una de sus descarnadas manos asía un metálico sistro que inopinadamente se estremeció.

De pronto oí un ruido detrás de mí y comprobé, aterrado, que los cuatro sarcófagos que me rodeaban estaban abriéndose. La horrenda momia se contrajo de súbito y sus vacíos ojos se abrieron, a la vez que su deprimida boca sonreía diabólicamente.

El terror me paralizaba, pero al ver que unas sombras comenzaban a abandonar sus cuatro sarcófagos, lanzando la linterna al suelo salí de la cámara y emprendí una loca carrera por el corredor, golpeándome contra las paredes. Corrí y corrí aterrado, rogando a Dios que el portillo por donde había entrado permaneciera todabía abierto. Tras de mí oía el ruido de grandes zancadas que se iban acercando y sentí que algo me tiraba de los cabellos, a la vez que una risa satánica se estrellaba contra los muros. Finalmente divisé un rayo de luz y, a punto de desplomarme a causa del horror, me lancé al suelo y repté por el estrecho agujero.

Al salir a la luz del sol continué corriendo enloquecido, sin mirar atrás, y me lancé a una carrera suicida en el jeep, hasta que me encontré lo suficientemente lejos de las ruinas de Dar-el-Sakar.

Deseoso de abandonar aquel lugar, y convencido de que cualquier intento para recuperar a mi cuñado resultaría inútil, hice mis maletas y, a la mañana si-

guiente, tomé en El Cairo un avión que me condujo hasta mi país.

Una vez en casa telefoneé a mi hermana y quedamos citados para el día siguiente, a fin de procurarle una explicación conveniente de los hechos.

Aquella misma noche, al deshacer las maletas, advertí que la más pequeña parecía haber sido abierta. Alarmado, la examiné ante el temor de que me hubieran sustraído alguna de mis pertenencias, y al levantar la tapadera, retorciéndose sobre un inmenso montón de fragmentos de cerámica, se erigió hacia mi rostro una pequeña serpiente.

Aparte la cabeza horrorizado, lo que me salvó de una muerte segura, puesto que aquel ofidio era de una especie cuya picadura resulta mortal, y tomando un bastón de puño metálico golpeé repetidas veces la cabeza triangular de la serpiente hasta que quedó reducida a una pulpa sanguinolenta. Acto seguido me senté en un sillón para reponerme de la impresión recibida. Pero recordé al instante los guijarros sobre los que culebreaba el reptil cuando se lanzó sobre mí, y con toda clase de precauciones examiné el contenido de la maleta. Aquello eran los fragmentos de una pintura realizada sobre una base de cerámica, probablemente la copia de un retrato muy antiguo.

Lo fui examinando cuidadosamente, y al punto comprendí que resultaría una ardua tarea, cuando no imposible, la reconstrucción del cuadro así despedazado; algo infinitamente más difícil que la resolución del más complicado de los puzzles. No obstante lo cual, experimenté la sensación de que allí estaba la clave de Dar-el-Sakar. Probablemente, aquellos numerísimos fragmentos me permitirían, a juzgar por algunos indicios que creí percibir examinando varios trozos, la reconstrucción de un rostro de mujer. Con toda seguridad la tarea me llevaría varios meses, quizá años, pero supe que a la mañana siguiente comenzaría a intentarlo. Aunque me equivoqué.

Tan pronto me desnudé y me introduje en la cama, volví a oír el sonido del sistro. Alguien lo agitaba ca-

denciosamente desde la oscuridad, pero cuando encendí la luz y miré en derredor la vibración cesó y no pude ver a nadie. Me levanté creyendo que cerca de la cama había una serpiente que sacudía los anillos de su cola. En seguida me pareció que aquel tintinear metálico era producido por el entrechocar de las ajorcas presas en la garganta del pie de una bailarina sagrada. Pero unos segundos antes de que mis dedos oprimieran el pulsador de la luz comprendí que lo que llegaba a mis oídos era el sonido del sistro. Me levanté estremeciéndome de frío y abandonando el dormitorio pasé a una saleta inmediata. Sobre el tablero de la mesa reposaban las innumerables piezas del mosaico, tal y como las había dejado antes de que el sueño me rindiera. Sé que si algún día logro recomponer la figura oculta y diseminada entre los incontables pedazos alcanzaré la paz que me fue arrebatada en las riberas del gran río, junto a las ruinas de Dar-el-Sakar.



Asedio a la casa roja



Asedio a la casa roja

Joseph Sheridan Le Fanu

Se decía que sobre aquella bella mansión de tejado rojo flotaba una maldición. Mr. Rosser la alquiló porque su espíritu pragmático tachaba los hechizos de supercherías. Un día se escucharon unos leves golpes en la puerta...



EDIADO el siglo XVIII tuvo lugar un extraño pleito entre Harper, consejero del municipio de Dublín, y lord Castlemallard, tutor de lord Chattesworth durante su minoría de edad, con motivo de una casa conocida en el lugar como «La Casa Roja», por tener dicho color el tejado.

Mr. Harper alquiló la casa para su hija en enero de 1753. Como llevaba mucho tiempo sin habitar ordenó hacer las reparaciones pertinentes y amueblarla, gastando una importante suma en su acondicionamiento.

La hija de Mr. Harper estaba casada con un tal Mr. Rosser, y se estableció en su nueva casa en junio; pero aún no habían transcurrido tres meses cuando la joven pareja, que en este tiempo se había visto obligada varias veces a cambiar el servicio, manifestó que aquella casa era inhabitable.

Mr. Harper acordó una entrevista con lord Castlemallard para comunicarle que consideraba cancelados los compromisos adquiridos, ya que «La Casa Roja» había resultado ser escenario de singulares y

desagradables acontecimientos. Dicho de otra manera: la casa estaba hechizada y no se podían encontrar sirvientes que permanecieran allí más de unas pocas semanas. Mr. Harper añadió que después de lo que sus hijos habían padecido, consideraba que no sólo debía rescindirse el contrato de arrendamiento, sino que la casa entera debería destruirse, ya que era refugio del más terrorífico ser que imaginarse pueda.

Lord Castlemallard apremió a Mr. Harper, por vía legal, a cumplir el contrato; pero el consejero municipal repuso con un detallado informe de los hechos, acompañado del testimonio de siete testigos, y ganó el pleito sin mayores dificultades. Su señoría prefirió capitular antes que llevar el asunto a los tribunales.

He aquí los hechos que Mr. Harper arguyó en su informe: Una tarde, hacia finales de agosto, en la hora crepuscular, Mrs. Rosser se encontraba sola en una pequeña habitación que daba al huerto, situado en la parte posterior de la casa. Llevaba un buen rato cosiendo, sentada cerca de la ventana abierta, cuando levantó la vista de su labor y vio con toda claridad una mano que se asía cautelosamente en el alféizar de la ventana, como si alguien tuviera intención de escalarla desde el huerto. Era una mano pequeña, bien constituida, blanca y gordezuela; una mano no muy joven, de alguien que se acercara a la cuarentena. Semanas antes, en un castillo de los alrededores, se cometió un robo envuelto en circunstancias particularmente espantosas: los asesinos mataron a la dueña del castillo y prendieron fuego a gran parte del mismo. La policía todavía no había atrapado a los autores. Mrs. Rosser pensó en el acto que aquella mano pertenecía a uno de los asesinos que intentaba entrar en «La Casa Roja». Aterrorizada, lanzó un estridente alarido y la mano se retiró, pero sin denotar la menor precipitación.

En seguida se procedió a una minuciosa investigación en el huerto, sin encontrar rastro del descono-

cido. Incluso se llegó a dudar de la realidad que viera Mrs. Rosser, ya que debajo de la ventana había una hilera de macetas que se hallaban en perfecto orden y nadie hubiera podido acercarse a la pared sin derribar alguna.

Aquella noche se escucharon en la ventana de la cocina unos tenues pero persistentes golpes. Los sirvientes se asustaron. Uno de ellos, empuñando un atizador, abrió la puerta trasera. Escudriñó en las tinieblas, pero no logró ver a nadie. Sin embargo, justo en el momento en que cerraba la puerta, tuvo la sensación de que alguien golpeaba el batiente con el puño, como si intentase introducirse a la fuerza en la casa. Sintió un profundo temor y, aunque siguieron golpeando en los cristales de la ventana de la cocina, no se atrevió a realizar nuevas averiguaciones.

El sábado siguiente, aproximadamente a las seis de la tarde, la cocinera, mujer de edad, tranquila y sensata, se encontraba sola en la cocina. De pronto vio la misma mano, leve y aristocrática, con la palma apoyada contra la ventana y moviéndose lentamente de abajo a arriba, como buscando minuciosamente alguna irregularidad en la superficie del cristal. Ante esta visión, la cocinera gritó y se puso a rezar, pero la mano tardó unos instantes en desaparecer.

Durante los días siguientes se oyó de nuevo llamar a la puerta, al principio con suavidad y después con el puño. El mayordomo rehusaba abrir y reiteradamente preguntaba en voz alta la identidad del autor de las llamadas, pero no obtenía otra contestación que la del ruido de una mano que se deslizaba de derecha a izquierda, con un movimiento suave y vacilante.

Los Rosser, que pasaban la velada en el saloncito, escuchaban igualmente los golpes en la ventana: unas veces, discretos y furtivos, como si de una contraseña se tratase; otras, tan fuertes y enérgicos que llegaban a temer que los cristales se rompieran.

Hasta entonces los ruidos sólo tenían lugar en la parte posterior de la casa, que, como se sabe, daba al

huerto. Pero cierto martes, hacia las nueve y media de la noche, los golpes sonaron en la puerta principal. Duraron dos horas para desesperación de Mr. Rosser, cuya mujer estaba aterrorizada.

Transcurrieron varios días sin que sucediese ninguna anormalidad, y ya todo el mundo comenzaba a encontrarse más tranquilo, cuando la noche del 13 de septiembre tuvo lugar un nuevo incidente en la despensa, adonde una de las sirvientas fue a guardar una jarra de leche. La despensa obtenía luz y ventilación por un tragaluz en el que había un agujero destinado a la abrazadera que sujetaba el postigo. Mirando distraídamente el tragaluz, la sirvienta vio cómo se introducía por el agujero un dedo blanco y fofo que penduleaba en busca de asir el pestillo para abrirlo. De un salto retornó a la cocina, donde se desvaneció, y al día siguiente abandonó para siempre la casa.

Mr. Rosser tenía las ideas muy firmes y presumía de ser un espíritu fuerte; «la mano fantasma» le hacía reír y se burlaba del terror de su esposa. Creía con firme seguridad que no se trataba más que de una superchería, de una broma de mal gusto, y ansiaba descubrir al culpable. No se reservó esta opinión y se la comunicó a todos, diciendo que el autor de tal intriga debía ser algún criado despedido.

No obstante, era ya hora de tomar una decisión, porque los criados, e incluso Mrs. Rosser, tan dulce y pacífica, comenzaban a sentirse inquietos y asustados. Ninguna de las mujeres se atrevía a andar a solas por la casa después del anochecer.

Cierta tarde, cuando los golpes llevaban más de una semana sin producirse, Mr. Rosser, que se encontraba trabajando en su despacho, oyó llamar con suavidad a la puerta principal. La absoluta calma de la noche permitía oír con toda claridad. Mr. Rosser abrió la puerta de su despacho y salió al vestíbulo con sigilo. La forma de llamar había variado un poco: los golpes eran ahora suaves y regulares, dados con la palma de la mano sobre la puerta. Mr. Rosser se dispuso a abrir bruscamente, pero se contuvo, y to-

mando las precauciones de antes se dirigió a un armario donde se guardaban los bastones, las espadas y las armas de fuego. Introdujo una pistola en cada bolsillo y empuñó un pesado bastón; llamó a un criado de su confianza y le entregó otro par de pistolas. Los dos hombres, armados hasta los dientes, se dirigieron a la puerta principal, sin hacer el más pequeño ruido. Todo ocurrió como Mr. Rosser había supuesto: el desconocido, lejos de asustarse por su proximidad, arreció en los golpes, que se tornaron cada vez más enérgicos.

Mr. Rosser abrió la puerta, furioso, impidiendo el paso con el brazo armado con el bastón. No había nadie, pero sintió una fuerte sacudida en el brazo, dada con la palma de una mano, y percibió que algo se deslizaba por su costado. El criado, que nada vio ni oyó, no pudo entender la razón por la que su amo miraba hacia atrás, asombrado, y daba garrotazos en el vacío, al tiempo que cerraba la puerta con la mano izquierda.

Desde entonces, Mr. Rosser dejó sus burlas y comenzó a sentir la misma preocupación temerosa que el resto de la familia. Su intranquilidad estaba fundada en la seguridad de que al abrir la puerta había dejado entrar al invisible enemigo que les acosaba.

Aquella noche, Mr. Rosser, que no dijo una sola palabra de lo sucedido a su mujer, se retiró a su habitación más pronto de lo acostumbrado. Antes de meterse en el lecho leyó algunas páginas de la Biblia y, cosa inhabitual en él, rezó. Se mantuvo despierto un buen rato y cuando, a eso de las doce y cuarto empezaba a adormilarse, oyó unos golpes ligeros en la puerta de su cuarto y después el ruido de una mano deslizándose por la parte exterior.

Saltó del lecho aterrorizado y se acercó a la puerta gritando: «¿Quién ronda ahí?» Mas no oyó otra respuesta que el ruido, que él conocía tan bien, de una mano acariciando suavemente la puerta.

A la mañana siguiente una sirvienta descubrió,

temblando de horror, la huella de una mano en el polvo de una mesa en la que aún permanecían diversos objetos del día anterior. Mr. Rosser examinó la huella y fingió concederle menos importancia de la que en realidad tenía; no obstante, hizo que todos los habitantes de la casa pusieran la mano derecha sobre la mesa. De esta forma obtuvo la huella de todas las manos, incluida la de su mujer y la suya propia. La mano desconocida era distinta de todas las demás y respondía a la descripción que de ella habían realizado Mrs. Rosser y la cocinera.

Estaba claro que el dueño de la mano, fuese quien fuese, se encontraba en el interior de la casa. El nerviosismo general, que ya era inmenso, creció considerablemente.

Durante las noches siguientes Mrs. Rosser sufrió espantosas pesadillas que la hacían incorporarse bruscamente de la cama, pálida y temblorosa, pero que luego no podía explicar en qué consistían. Al despertarse no recordaba más que una lucha atroz con algo imposible de ser descrito. Y entraba en lo posible que lo que ella consideraba pesadillas no fuese sino una enfermedad producida por el miedo.

Una noche al entrar en el dormitorio conyugal, Mr. Rosser se sintió atemorizado por el absoluto silencio que allí reinaba; tenía el oído muy fino y, sin embargo, no llegaba a percibir la respiración de su mujer, que se había acostado momentos antes.

Una luz, colocada sobre una mesa, iluminaba débilmente el lecho, cuyas cortinas, que pendían del dosel, se hallaban corridas como de costumbre. Mr. Rosser, que había estado repasando unas cuentas, llevaba en la mano un pesado libro Diario. Con el corazón oprimido se acercó al lecho y abrió las cortinas. Por un instante creyó que su mujer había muerto; yacía tendida, inmóvil, con la frente perlada de sudor frío, y sobre la almohada, cerca de la cabeza, había algo que confundió por un momento con un sapo, pero que era en realidad la mano blanca y gordezuela, cuya muñeca descansaba en la almohada y

cuyos dedos apuntaban hacia la sien de Mrs. Rosser.

Presa del pánico, Mr. Rosser arrojó el pesado volumen con todas sus fuerzas hacia el lugar donde debía hallarse el dueño de la mano. Esta se retiró al instante, pero sin precipitación, mientras la cortina se ondulaba ligeramente.

Mr. Rosser corrió hacia el otro lado de la cama y llegó a tiempo de ver cómo se cerraba la puerta del gabinete contiguo. La abrió y entró en la habitación: estaba vacía. Cerró la puerta con llave y cerrojo, llamó a los criados y entre todos, con grandes esfuerzos, consiguieron que Mrs. Rosser se recuperara de su desmayo. La pobre señora era víctima de una crisis nerviosa.

Este suceso motivó que los Rosser abandonaran «La Casa Roja» para siempre. Una extraña enfermedad atacó de pronto a su hijo, un niño de dos años y medio. Este pasaba horas enteras en vigilia, presa de un terror paroxístico. Los médicos diagnosticaron un principio de hidroencefalitis, y su madre, llena de inquietud, no abandonaba al niño y, acompañada de una doncella, lo velaba continuamente.

El lecho del niño se encontraba adosado a la pared, con la cabecera bajo una alacena cuya puerta no cerraba bien. Una cortina blanca lo rodeaba y descendía hasta la almohada.

Las dos mujeres tardaron muy poco en notar que el niño se tranquilizaba poco a poco cuando le cogían en brazos. Pero una vez que se dormía y era devuelto a la cuna empezaba, a los cinco minutos, a gemir presa de un acceso de pánico. En una de aquellas ocasiones, primero la doncella y después la madre, descubrieron la causa de los horribles sufrimientos.

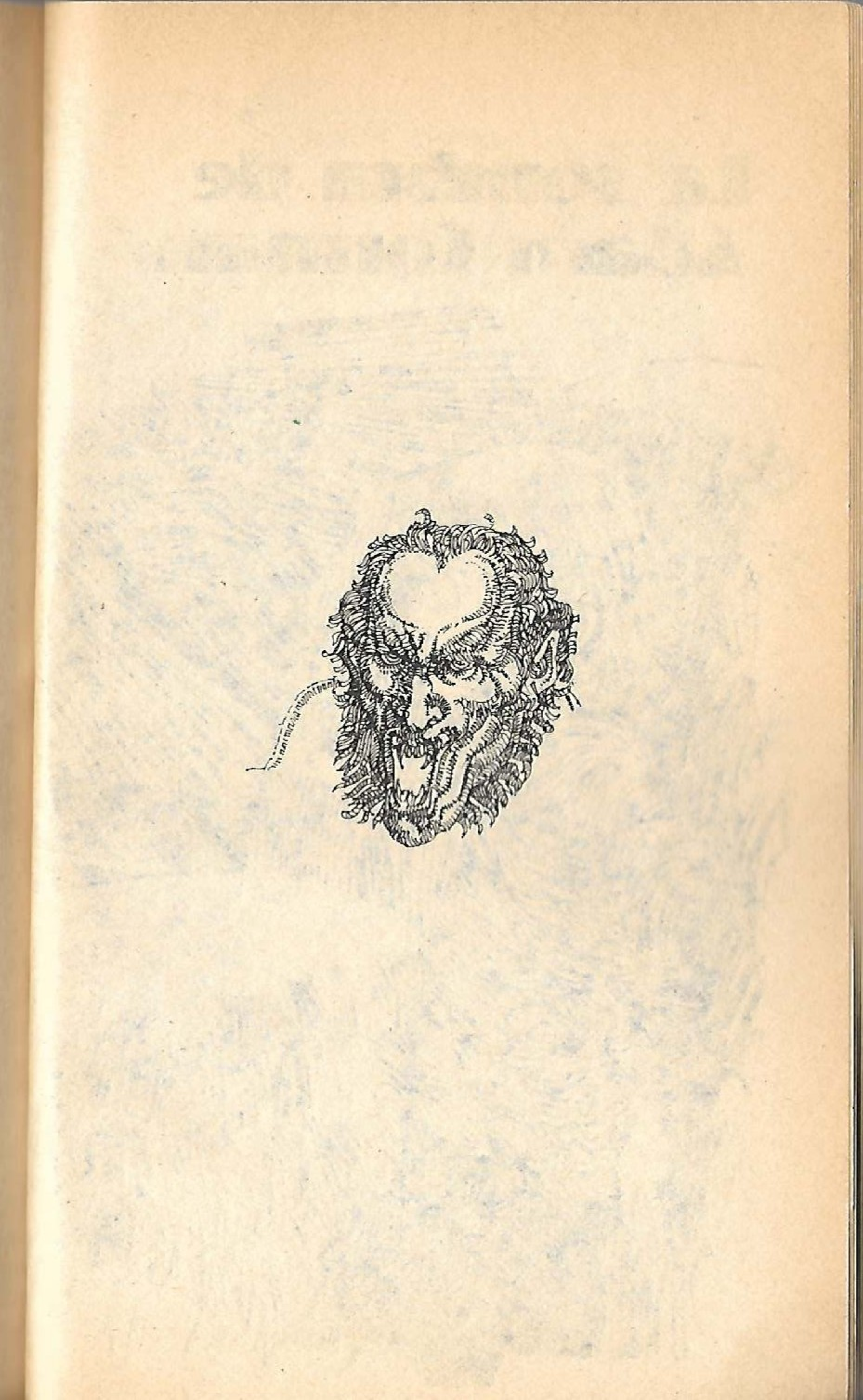
Deslizándose por la entreabierta puerta de la alacena, semioculta por la cortina de la cuna, apareció la misma mano blanquecina y fofa, con la palma hacia abajo, sobre la cabeza del niño. Lanzando un grito de terror, la atribulada madre cogió al niño en brazos y, seguida por la doncella, penetró en la habitación donde dormía su marido. Apenas cerraron la puerta

tras ellas se oyó un suave repiqueteo al otro lado.

Al día siguiente los Rosser dejaron la casa para siempre.

Años más tarde, un tal Mr. Rosser —hombre de aspecto severo y empedernido charlador— narró con gran precisión de detalles la historia de un primo suyo llamado James Rosser. Su primo había dormido siendo niño en la habitación de una casa de tejado rojo de la que se decía que estaba hechizada y que, al cabo de los años, fue demolida. Durante toda su vida, cuando caía enfermo, se encontraba fatigado o sencillamente en estado febril, tenía una penosa visión: se le aparecía un personaje gordo y pálido. Esta pesadilla se le repitió desde su más tierna infancia, y era tan precisa que conocía mejor los rasgos de aquella cara fofa y enfermiza, los rizos de la peluca empolvada y los bordados de su traje negro que la cara y el traje de su abuelo, cuyo retrato, colgado de la pared, presidía todas sus comidas.

Mr. Rosser contó esto a modo de ejemplo de una pesadilla extrañamente monótona, precisa y persistente, y añadió que su primo, al que se refería llamándole siempre «el pobre Jimmy», estimara especialmente terrible el hecho de que el personaje de la pesadilla apareciera con la mano derecha amputada.





La sombra de Adam Corman



La sombra de Adam Corman

Henry W. Bagley

El viejo profesor de ética se dispuso a dictar su última clase, que inició así: «Muchos son todavía los que ignoran que la fuerza del fantasma —como la del vampiro— estriba en que nadie cree en su existencia.»



XISTEN oscuras manifestaciones de la naturaleza que no deberían investigarse nunca. Si el buen sentido de los supersticiosos campesinos, que evitan incluso el acercarse en noches cerradas a ciertos lugares, presidiese la actuación de algunos «parapsicólogos», a buen seguro que estos últimos cambiarían de oficio y no inquietarían a nadie con sus tortuosas elucubraciones. Porque la llamada «ciencia» jamás dispondrá de luz suficiente para turbar el impenetrable misterio del horror con sus alicortas investigaciones. Y nadie, en su sano juicio, se atrevería a meterse en la boca del lobo para hacer un recuento minucioso de sus dientes. Pero la locura, a veces, se disfraza de temperamento científico, confirmándose así el dicho popular, según el cual Dios confunde a quienes quiere perder.

* * *

El doctor Sarracin pertenecía a esa clase de individuos a quienes el presunto valor de la propia inteli-

gencia les hace considerarse semidioses. Perfectamente cartesiano, como todo intelectual francés que goce de reconocimiento oficial, había venido sin embargo a Inglaterra con el sorprendente propósito de investigar las apariciones de un fantasma. Ni que decir tiene que los británicos, por una especie de orgullo nacional, alardeamos ante los continentales de no creer en fantasmas, si bien es igualmente sabido que, en la intimidad, los consideramos con respeto y reverencia, sean cuales sean las dudas que a cada inglés les suscite su posible existencia. Yo, personalmente, debo decir que siempre he creído en ellos. Y, sobre todo, en el de mi muy querido antepasado, sir Adam Corman, a quien vi siendo niño, en una noche de intensa luna llena, paseándose por el ala norte de nuestro ruinoso castillo de Elton. Y era precisamente a este fantasma a quien Gustave Sarracin, un biólogo transmutado en profanador de misterios de ultratumba, quería investigar.

—Un fantasma —explicó al solicitarme permiso para escudriñar entre las ruinas del castillo— no es más que una proyección psíquica, una especie de imagen holográfica que se produce en el ámbito de la realidad como si fuera una película cinematográfica. El pavor que produce es siempre un pavor subjetivo. En realidad, no hay nada que temer. Se trata de un fenómeno no del todo explicable, pero tan natural como la floración de una planta o la caída de la lluvia... Me encantaría poder demostrárselo si, como espero, me concede el honor de ser mi anfitrión en su castillo... Tengo entendido que usted mismo asistió a una de las presuntas apariciones del espectro de sir Corman, ¿no es así?

—En efecto —repuse—. Y puedo asegurárselo: es una experiencia que no quisiera volver a repetir.

Y mientras el profesor Sarracin desarrollaba una tediosa teoría sobre los fantasmas, citando a Jung y haciendo entrar en escena los arquetipos del Inconsciente Colectivo y otros ídolos del racionalismo contemporáneo, mi corazón rememoró aquella espantosa

escena de mi niñez, esa visión que me arrebató brutalmente la alegría de vivir y que se repetía de vez en cuando, para mi desgracia, presidiendo las más angustiosas de mis pesadillas.

Tenía entonces seis años y dormía apaciblemente en mi cuarto. Estábamos en agosto y la profundidad de mi sueño era una consecuencia natural de haber pasado el día entregado a la exaltación de mil juegos propios de la edad. Pero de pronto el sueño desapareció y mis ojos se despabilaron en la fascinación de la luna llena, que entraba a raudales por la ventana abierta de par en par. Oí una voz muy dulce, muy lejana y muy risueña; una voz infantil o femenina. No recuerdo sus palabras, si es que esa voz utilizó alguna, pero sí que su amistoso tono me atraía como la de un compañero que me invitase a continuar, bajo la gozosa luz de la luna, los juegos de la tarde anterior. Ni siquiera me calcé, sino que me apresuré a bajar hasta el jardín, en una de cuyas suaves colinas, a la distancia de un tiro de fusil, se levantaban las ruinas del viejo castillo que había pertenecido a mi familia desde incontables generaciones y que ahora, bajo el tibio imperio de la luna, me parecía un lugar encantado donde podría encontrar a los personajes de mis cuentos infantiles.

Recuerdo que caminaba casi sonámbulo, ajeno al roce de la tierra en mis pies desnudos, y una euforia muy parecida a la felicidad me atraía irremisiblemente hacia las ruinas. A medida que me acercaba, la voz se hacía más perceptible y cristalina; voz de madre o de niña que parecía indicarme el camino hacia una sorpresa maravillosa. Y yo me encaminaba, feliz y confiado, al encuentro de una hada transparente que colmaría, sin duda, todas las fantasías de mis sueños.

Al transponer las sombras de un viejo roble, el mismo cuya contemplación me causa ahora tanto horror, las viejas piedras se mostraron en toda su grandeza, lamidas por los siglos, pero sin que la fuerza del tiempo lograra arrancarlas completamente.

Y entonces, como si despertara de la rara euforia que me había invadido, dejé de oír la voz. En vez de eso, el silencio parecía retumbar en el espacio como si el cielo se hubiera convertido en una inmensa losa negra y la luna fuera su única salida. Sentí frío, sentí el escozor de mis pies desnudos magullados por las piedras del camino. Y, a pesar de ello, seguí avanzando hacia el castillo, deseoso de comprobar por qué había cesado tan dulce voz, por qué había desaparecido la grata melodía que me había llevado hasta allí, porque sin ella me sentía desamparado y temeroso por la lúgubre soledad de aquellas viejas ruinas. Era un sentimiento difuso y contradictorio. Tanto fue el temor que me inspiraba la negra mole del castillo que me sentía incapaz de darle la espalda y regresar corriendo. Subí la pequeña pendiente con el corazón encogido, siguiendo la dirección de la luna, asustándome del leve ruido que producían mis pasos, el único que en aquellos momentos me era posible percibir.

Atravesé por fin la puerta semiderruida del castillo, subí hasta una de sus almenas y, aterido de frío, me senté sobre un bloque de piedra. Al cabo de un rato descubrí, a unos cinco metros de donde estaba, algo que brillaba en el suelo como una moneda de plata sobre la que incidiera la luz de la luna. Pensé que se trataba justamente de eso, y ya iba a levantarme para cogerla cuando en la presunta moneda se operó una sorprendente y escalofriante transformación.

El objeto fue poco a poco aumentado de volumen, hasta componer la figura de un brillante cráneo emergiendo del suelo. Quise escapar, pero sentí como si unos grilletes invisibles se hubieran aferrado a mis tobillos. Temí por mi vida. Una náusea repulsiva me atenazaba la garganta mientras aquel rostro lóbrego afianzaba unos rasgos marcados por el horror de la muerte. Del cráneo pelado emergían unos cuantos cabellos deshilachados, extrañamente respetados por la corrupción que se adivinaba en sus mejillas carcomidas, en las órbitas carentes ya de cejas y pár-

pados, pero en cuyo interior unos glóbulos oculares terribles, intactos, brillaban con toda la fuerza de la vida.

Fascinado por aquella cabeza espantosa, cuyos ojos no dejaban de mirarme, el corazón me golpeaba en las costillas con la desesperación de un prisionero que quisiera destruir los barrotes de su cárcel. Pero sentí el resto de mi cuerpo como una estatua de piedra a la que fuera imposible imprimir el más leve movimiento.

La cabeza fue entonces elevándose, unida a un tronco seco, apenas piel y huesos, cubierto aquí y allá por lo que parecían jirones de un sudario, y al fin un cuerpo enorme, de más de dos metros de altura, emergió completamente de la tierra. El espectro comenzó a caminar hacia mí, casi flotando, muy despacio y como si dotara a su cuerpo con los movimientos de una extraña danza. Pese al horror que me envolvía pude observar en su pecho, del ombligo hasta el cuello, la existencia de una llaga longitudinal, correosa, en cuyos bordes se acumulaban pústulas secas y oscuros grumos de sangre coagulada. Pero mi atención fue obligada a centrarse inmediatamente en sus manos huesudas, esqueléticas, cuyas uñas largas y retorcidas se hundían en la espantosa llaga del pecho, componiendo un inconcebible gesto de desesperación. Comprendí que por aquella herida le había entrado la muerte a raudales, tal vez de esa forma infame e inesperada con que siempre se reviste la traición. Lo comprendí pese a mi corta edad, pese al espanto que me sobrecogía, porque los gestos del espectro eran más elocuentes que las palabras. Mi horror crecía por instantes, pero junto a él estaba naciendo un sentimiento, el de la conmiseración, impropio de un niño de seis años. De esa forma el espectro acabó bruscamente con la infancia que yo había vivido hasta entonces.

La horrible imagen continuó acercándose a mí, pero esta vez apaciblemente, como si, aunque ello fuera imposible, tratara de apaciguar el espanto que

me inspiraba. Era, en efecto, imposible que de su boca desdentada y carente de labios pudiera surgir el rictus de una sonrisa amistosa, pero intuí que tal era su intención. Pese a lo cual comencé a temblar y a desear la muerte antes de que aquella figura repulsiva y terrible llegara a tocar mi cuerpo... Y, sin embargo, llegó a tocarlo. Posó la huesuda repugnancia de sus manos en mis hombros, acercó su caída mandíbula a mi oído y creí escuchar una sola palabra, «¡Venganza!», antes de que mi tensión se deshiciera en un largo grito y cayera desvanecido.

Me debatí tres días entre la vida y la muerte, sin recuperar la conciencia, sumergido en un piélago de fiebre en el que sobrenadaban las más espantosas pesadillas. Al cabo de ese tiempo, los continuos cuidados de mi madre y la pujanza de mi naturaleza lograron el milagro de la recuperación. No tuve que explicar lo que me había pasado. Cuando la lucidez completa regreso a mi cerebro tuve una larga conversación con mi padre. También a él, siendo niño, le ocurrió un suceso parecido, e igual aconteció con su padre y con el padre de su padre, y así con todos los miembros varones de nuestra familia hasta llegar al Siglo Diecisiete, época en que el cadáver de sir Adam Corman apareció con una enorme brecha en el vientre, sin que jamás se supiera la identidad del asesino.

—El espectro de nuestro antepasado —concluyó mi padre— dejará de molestarnos cuando alguno de nosotros consiga aplacar su sed de venganza. El problema está en que, hasta ahora, ningún Corman ha sabido cómo hacerlo.

¡Y ahora venía ese estúpido de Sarracin hablándome de proyecciones holográficas!

—Perdóneme, profesor —interrumpí su disertación pseudocientífica—. Todo eso que dice de los fantasmas está muy bien y suena de una forma bastante coherente. Pero ¿ha visto usted alguno en su vida?

Sarracin, sorprendido por la brusquedad de mi pregunta, se quedó unos segundos sin contestar. Fi-

nalmente admitió que, en efecto, jamás había visto ninguno. Sin embargo, había leído que...

—Hay una gran diferencia —volví a interrumpirle, esta vez sin miramientos— entre leer magníficas teorías sobre fantasmas y tener la experiencia real de un encuentro con ellos. Y le aseguro que, si consigue ver a mi difunto antepasado, no sólo caerán por tierra todas sus teorías, sino que llegará a desear no haber nacido.

Esta última frase la dije en un tono casi de amenaza que no pasó inadvertido a mi interlocutor. Sin embargo, prevalecieron las reglas de la buena educación y me hizo ver que no se daba por aludido. No entendí entonces por qué el autotitulado profesor Sarracin me resultaba tan antipático, ni tampoco comprendí el morboso afán que mostraba por enfrentarse al espectro de sir Adam. Según una inveterada tradición, mi antepasado debería mostrarse al mortal que tuviese agallas para soportarlo esa misma noche. Estábamos a doce de agosto, que era la fecha en que había acontecido su violenta muerte. En cuanto Sarracin me hubo manifestado su propósito, el mío fue definitivo: dejarle solo en las ruinas y que allí se entendieran ellos dos. Pero a medida que iba escuchando su estúpida perorata y observando sus infatuados gestos de doctor sabelotodo, pesó más en mi ánimo la esperanza de observar la angustia de ese desdichado que el pavor de tener que volver a ver al espectro cuya aparición me había causado tan hondo trauma. Y así fue como recibió, con una ancha sonrisa de satisfacción, mi ofrecimiento de acompañarle a las ruinas del castillo. Hipócritamente, traté de mostrarle mi buena voluntad, ofreciéndole también un jerez de excelente cosecha, y descubrí su intemperancia en la avidez con que miraba la botella mientras yo la descorchaba. «Así pues —pensé alborozado—, el encumbrado científico tiene debilidad por los buenos caldos...» Me vino a la mente la vieja sentencia latina, «in vino veritas», y traté de sonsacarle, con la ayuda del jerez, la verdadera razón de su inte-

rés por los fantasmas en general y por el espectro de mi antepasado en particular.

Sabido es que la pasión francesa por el jerez es tan secreta como manifiesta la inglesa. Los franceses se creen en la obligación de alabar indirectamente sus vinos denostando los ajenos, y Sarracin no era una excepción. Así que tomó su copa hablando de las excelencias del Beaujolais y mirando el zumo andaluz con unos aires de superioridad francamente insoportables, pero a continuación bebió el vino de un trago, reconoció que no estaba mal del todo y me hizo llenar su copa varias veces.

El sol estaba empezando a caer cuando al fin logré que rezumara alcohol por todos sus poros. Aunque yo apenas había bebido, fingí gozar de la misma obnubilada euforia que él y comenzamos a hablar en francés, para así tener ocasión de apearnos el tratamiento, como si fuéramos camaradas de toda la vida.

—No eres el único aristócrata que hay en el mundo, Lawrence —acabó confesándome—. Mi familia también tiene su alcurnia. Los Sarracin nos remontamos a las Cruzadas y hemos luchado en todas las guerras y en todos los países.

—¿Incluyendo Inglaterra?

—Incluyendo Inglaterra, Lawrence, incluyendo Inglaterra... Uno de mis antepasados estuvo aquí como espía al servicio de Luis XIV. Según contaba mi bisabuela, tuvo que salir de las islas de prisa y corriendo, temeroso de que acabaran con su vida... Sin duda —rió estentóreamente— que os habría hecho alguna buena cabronada.

—Sí, supongo que sí —reí a mi vez—. Pero no por eso vamos a perder ahora nuestra flamante amistad, Gustave.

—Por supuesto que no. Y menos después de haber conocido ese aceptable jerez de tus bodegas... Aunque me temo que, con él en nuestras barrigas, no vamos a estar muy presentables ante el fantasma de tu familia.

Soltó una sonora carcajada y me hirió la frívola

desfachatez con que se refería a mi antepasado. Pero yo le seguí el juego y me reí con él. Nunca he creído en las casualidades. El universo se mueve por leyes fijas e inmutables y todo lo que ocurre tiene su razón de ser. Gustave Sarracin no estaba esa noche en mi casa por casualidad.

—¿Por qué quieres verle?

—¿Cómo dices?

—Digo que por qué quieres ver al espectro de sir Adam.

Su rostro, momentos antes tan ufano y radiante, se ensombreció. Tardó unos momentos en contestarme, como si dudara de la conveniencia de hacerlo. Al fin pudo más el vino que la prudencia y se decidió.

—Te diré la verdad, Lawrence. Se trata de una obsesión. Desde muy pequeño mis sueños son visitados por un fantasma que me persigue, un fantasma inglés. En mi familia tal vez estemos un poco locos. Tantas generaciones practicando la endogamia suelen producir muy malos resultados. Pero sé que debo ver a un fantasma determinado para curarme la obsesión. Y ese fantasma tal vez sea el de sir Adam... No sé si me entenderás.

—Te entiendo perfectamente, Gustave. Y ahora que sé la verdad estoy dispuesto a prestarte toda mi ayuda.

—No es fácil que me entiendas, Lawrence. Es una especie de desafío que llevo impreso en la masa de la sangre. Tengo que demostrarme que soy capaz de enfrentarme a esa obsesión, cuyo origen ignoro, pero que me está amargando la vida. Tengo que ser capaz de no ver en un fantasma más que esa simple imagen holográfica de que te he hablado antes. Sé que cuando lo consiga estaré curado. Y si Dios lo quiere será esta misma noche, dentro de poco...

Hablaba con los ojos extraviados, como un demente. Pero no supe discernir si su perturbación era momentánea, producida por el alcohol, o era precisamente el alcohol lo que permitía que se manifestase. En cualquier caso, estaba claro que sus veleida-

des científicas y parapsicológicas no eran sino una máscara: ese elemento desconocido y ominoso de la naturaleza, ese magma irracional que surge en la noche de la conciencia y permite que el misterio se manifieste en su horrible desnudez le producía tanto pavor como a cualquier ser humano. Sentí lástima por él, por mí mismo, por toda la pobre humanidad esforzándose vanamente por conjurar, generación tras generación, el horror que acompaña necesariamente a toda manifestación de la vida.

Hacía ya algún tiempo que las oscuras piedras de la noche habían sepultado el cielo. Pero más oscuras aún se recortaban, sobre ellas, las piedras auténticas del viejo castillo. Le dirigí una mirada significativa a Gustave Sarracin y él, tras apurar su copa, se aferró a mi brazo, indicándome con ello que estaba dispuesto a iniciar la marcha.

No hablamos durante el trayecto, sumergido cada cual en sus propios pensamientos. Desconozco, aunque intuyo, cuál era la naturaleza de los que asaltaban a mi compañero. Probablemente no fueran muy diferentes de los míos, y los de uno y otro, por motivos muy similares, estaban sin duda presididos por la execrable imagen de sir Adam Corman: una imagen onírica de carácter obsesivo, en su caso, y una imagen real, pero no menos obsesiva, en el mío. Jamás en mi vida he visto con mayor lucidez la triste realidad de nuestra naturaleza, pues comprendía que no éramos más que simples marionetas movidas por fuerzas ora luminosas, ora oscuras, pero siempre inalcanzables y siempre infinitamente más poderosas que nosotros. No de otro modo podría explicarse aquella excursión masoquista hacia la maldición de las viejas ruinas, a las que se asomaba, como en la lejana pero imborrable noche de mi infancia, el equívoco esplendor de la luna llena.

Llegamos por fin al viejo roble y ambos nos esforzamos en vano por disimular nuestro pavor. Vi que a Gustave se le agrandaban los ojos y empezaba a temblar:

—Es el mismo escenario de mi sueño, el mismo...

Confieso que, ante semejante declaración, sentí deseos de huir, dejando que aquel desdichado quedara abandonado a su suerte. Pero los deberes de la hospitalidad son, en mi familia, más sagrados que cualesquiera otros, y no hay fantasma, por muy respetable o temible que sea, capaz de hacérnoslo olvidar. Así que aguanté a pie firme el temblor de mi corazón y me dispuse a esperar cualquier cosa.

No tuvimos que esperar demasiado. Apenas transpuestos los muros del castillo escuchamos un aullido lejano, como el de un animal herido de muerte. Nos fue imposible identificar su procedencia, pero en el aire quedó su resonancia como una fuerza palpable, amenazadora. Un temor indecible, sin causa concreta que lo justificase, nos impelía a hablar en voz baja, casi susurrante. Y de pronto escuchamos un ruido mínimo a nuestras espaldas, como el de una pequeña rama que crujiese.

Nos volvimos al unísono y lo que vimos nos cortó la respiración.

Frente a nosotros, a la distancia de siete pasos, se encontraba la execrable sombra de mi niñez, cuyos ojos de fuego refulgían en la vacuidad de sus órbitas mirando directamente a Sarracin. El tiempo se deslizó vertiginosamente hacia atrás y recobré, con toda su intensidad, el espanto que había ensombrecido mi vida desde los seis años. Allí estaba, enorme, amenazante, triunfal como un viejo verdugo que ve llegado el tiempo de su venganza. Se repitió la visión de sus manos huesudas, de sus uñas largas y retorcidas, cadavéricas; de la infamia sanguinolenta que recorría de arriba abajo su pecho como una antigua maldición. Pero esta vez ni siquiera reparó en mi presencia. Levantó su mano izquierda hacia mi compañero y creí escuchar una voz llena de odio que pronunciaba su apellido, arrastrando lentamente las sílabas:

—Sarracin... Sarracin...

Creí advertir en el rostro de Gustave Sarracin, ex-

trañamente sereno, la impronta de una evidencia: no era a él, sino a la masa de su sangre, a un remoto asesino de su estirpe, a quien el espectro se dirigía. Luego vi que los ojos de mi compañero se llenaron de lágrimas y a continuación hizo un gesto que me dejó estupefacto: se puso de rodillas.

—Te pido perdón en su nombre.

El espectro de sir Adam Corman bajó entonces la mano. Quedó un momento quieto, silencioso, como si se dejara invadir por una melancolía de siglos. Y comprendí que el nudo del odio que le había mantenido visible durante tantas generaciones acababa de ser liberado. Luego, aquella apariencia corroída y tumefacta fue poco a poco transformándose, liberándose también de las infamantes señales de la corrupción. Alcancé entonces a ver, en lo que antes había sido un cráneo horrible, los trazos de un rostro humano asombrosamente parecido al mío, un rostro diáfano y sereno que me miraba con gratitud antes de perderse definitivamente entre las sombras.





NORIKO

EL REGALO DE LAS ESTRELLAS

EL MALEFICIO

UNA DAMA MISTERIOSA

CANGREJOS

LOS MENDIGOS DE ISIS

ASEDIO A LA CASA ROJA

LA SOMBRA DE ADAM CORMAN